

Antropología de las migraciones

I. INTRODUCCIÓN: EL IMPACTO SOCIAL DE LAS MIGRACIONES

Decir que las migraciones humanas son tan antiguas como el propio ser humano es, probablemente, insistir en un tópico que no por el hecho de serlo pierde vigencia. El afán por la mejora en las condiciones de vida es un sentimiento que puede considerarse innato en el ser humano: de hecho, el propio instinto de conservación y un espíritu de superación que aparece por doquier en las sociedades humanas podrían considerarse, en realidad, el motor del proceso histórico.

Desde muy antiguo, la movilidad geográfica ha constituido un importante procedimiento para la subsistencia de determinadas sociedades; la presión demográfica sobre los recursos disponibles para la manutención del grupo ha sido solventada a menudo con la emigración de una parte de la comunidad o de individuos aislados. Por otro lado, en las llamadas *sociedades complejas*, el deseo de mejora en la escala social y en bienestar motiva en numerosas ocasiones el inicio de una migración, que tomará distintas características según cuál sea el objetivo perseguido y cuáles las condiciones socioprofesionales del migrante (George, 1970).

Así, se perfilan dos características que definen a toda migración: la movilidad espacial y la movilidad social. El deseo de mejora, de ascenso en la consideración social, puede llevar a emprender una migración, movimiento geográfico. Así, se combinan una movilidad horizontal (geográfica) y una vertical (mejora del status).

Lo que fundamenta la movilidad geográfica no son las condiciones de vida de los pueblos, sino justamente la apetencia de subir socialmente, que casi únicamente se logra saliendo de ellos. (De Miguel, 1965: 120).

La afirmación de Amando de Miguel puede carecer de validez en casos en que la emigración se produce como un movimiento expulsivo en que la permanencia no es posible, pero incluso en estas ocasiones, el ascenso social se concibe como una posibilidad deseada.

La migración es, pues, un movimiento espacial emprendido por una persona o grupo humano con el objeto de mejorar en sus condiciones de vida. En términos antropológicos, el significado de la expresión *emigración*

ha sido conceptuado como un movimiento que lleva a cruzar fronteras internacionales, ya sea permanente o no, mientras que se entiende por *migración* el cambio de residencia dentro de un mismo estado nacional, del mismo modo si se trata de una mudanza definitiva que si es temporal (Douglass, 1970).

A menudo comprobaremos que determinados autores, sociólogos y geógrafos sobre todo, prefieren hablar de *movimientos migratorios*, término que parece referirse más bien a migraciones que afectan a amplios grupos humanos, y de hecho estos movimientos se convierten en el objeto de estudio de numerosos científicos sociales. Los antropólogos, no obstante, se han dedicado preferentemente al estudio del individuo emigrante o emigrado, centrándose en las cuatro unidades que posibilitan toda migración: una unidad emisora (la comunidad de origen), una unidad receptora (la sociedad de destino), una unidad migrante (el individuo) y una estructura más amplia a la que las otras pertenecen (Tilly, 1965).

Como vamos a ir viendo más adelante, la Antropología es sólo una más de las disciplinas que se han ocupado del fenómeno migratorio. Desde distintas ópticas, otras ciencias han entrado en el tema con muy diferentes procedimientos: economistas, demógrafos, sociólogos, historiadores, geógrafos, politólogos, e incluso biólogos han elaborado estudios que se complementan con los antropológicos y que además suelen ser de gran utilidad para los profesionales de esta ciencia que dedican sus esfuerzos al estudio de las migraciones desde uno u otro punto de vista.

A la hora de definir el término mismo de migración, cada una de las disciplinas atiende a determinados factores del movimiento migratorio, elaborando conceptualizaciones que en realidad son perfectamente complementarias: desde los estudios económicos los movimientos migratorios se han atribuido a «diferencias de tensión demográfica sobre los recursos económicos disponibles» (Tamames, 1985: 25-26), mientras que desde la Sociología se ha definido la emigración como una solución particular a los problemas que sufre una sociedad totalmente particularista (Pérez Díaz, 1966: 156-157), refiriéndose especialmente al agro castellano. La misma disciplina científica, aplicando un análisis basado en el materialismo histórico, contempla las migraciones como un fenómeno inherente al sistema capitalista: la política de acumulación del capital es la que determina migraciones en todos los sentidos, se trata, pues, de una movilización general marcada por los intereses de los grupos sociales que detentan el control del capital y, por lo tanto, pueden decidir sobre su localización (Cardelus y Pascual, 1979: 55).

Cuando los antropólogos se han dedicado a estudiar las migraciones, o más propiamente a los migrantes, a menudo han emitido sus propias

definiciones de lo que supone este fenómeno. Estas conceptualizaciones tienden a subrayar el efecto de ajuste a las nuevas condiciones conseguido a través del proceso migratorio, a la vez que remarcan la profunda imbricación de la migración con la organización social de ambas comunidades, la de origen y la de destino:

La emigración afecta y es afectada por la organización social de la sociedad de origen y de destino. (Kosinski y Prothero, 1975: 11).

La emigración se concibe como un proceso adaptativo cuyo principal objetivo es mantener el equilibrio dinámico de la organización social con un mínimo de cambios y a la vez proveer a sus miembros de recursos para superar las privaciones. (Mangalam, 1968: 14).

Como podemos ver, para el antropólogo está muy claro que la emigración (o la inmigración, según sea el caso) desempeña un papel importante en la organización social en que se imbrica, ya se trate de la comunidad de origen, ya de la de destino. Existe general coincidencia en aceptar que el proceso migratorio puede provocar en el propio migrante un conflicto interno que en ocasiones acarrea un cuestionamiento profundo de la propia identidad (Schnapper, 1988: 187), y que además tiene un serio efecto sobre la organización familiar, replanteando los roles de cada uno de sus miembros, muy particularmente los de la mujer (Bourdieu, 1962; Bridon, 1987; Hollos, 1991: 866-867), pero también los de los hijos (Molina, 1984: 93; Losada, 1989). Respecto al impacto de la inmigración en la comunidad receptora, numerosos han sido los autores que han llamado la atención sobre su importancia, tanto desde fuera de la Antropología (Thompson, 1976; Candel, 1972) como desde dentro de ella (Pujadas y Bardají, 1987; Ballester, 1991), en cuyos estudios se patentiza el ajuste que necesita hacer la sociedad de acogida a consecuencia de las masivas reubicaciones de nuevos ciudadanos, un ajuste no sólo urbanístico o demográfico, sino incluso social y político. Sin embargo, la mayoría de los antropólogos ha concentrado sus esfuerzos en desentrañar el efecto producido por la emigración en la sociedad de origen, generalmente ámbitos rurales que pierden población en detrimento de otras áreas más industrializadas, tanto en países desarrollados como del Tercer Mundo. Sobre este particular, la visión de los investigadores ha cambiado con el tiempo, pues tradicionalmente se concedió a la emigración el papel de modernizadora de la sociedad emisora y de introductora del cambio social: si hablamos de España, Brandes (1978: 50) sostenía que mediante la relación de los emigrantes con su lugar de origen, éstos asumen el papel de *rompedores* entre la cultura urbana y la rural, y Pérez Díaz (1969: 182) señalaba que la emigración tendía a homogeneizar vida rural y vida ur-

baña, a través de la introducción en el campo de la economía de mercado, la capitalización e industrialización del campo, pero, sobre todo, que llevaba al campesino a adoptar el sistema de valores urbano (Pérez Díaz, 1969: 22). Otros estudios han abundado en esta visión de la emigración como un elemento modernizador, fijando el papel del emigrante retornado como introductor de una mayor apertura de las estructuras sociales y de un nuevo modelo de familia más «comprensiva y abierta» (Muñoz Anatol, 1972: 73, 76 y 80). Sin embargo existe una visión distinta que, aun reconociendo a la emigración la introducción de cambios culturales, a través de nuevas ideas, técnica, etc., afirma que dichas innovaciones no necesariamente conllevan cambios sociales de importancia (Philpott, 1970) e incluso que...

La emigración ha sido sobrevalorada como agente de cambio. Se evidencia de forma creciente que la migración puede desempeñar un importante papel en el mantenimiento, si no en la reafirmación, del tradicionalismo de muchas comunidades rurales de determinada estructura y tamaño demográfico (Gregory, 1976: 137).

No se trata de negar por completo el efecto modificador de la emigración, se reconoce que terminará por generar presiones insalvables hacia un cambio intenso, pero hoy por hoy, en comunidades como las estudiadas por Gregory (la comarca sevillana de Estepa) el efecto de distensión social facilitado por la emigración continúa retrasando la ruptura con la estructura semi-feudal y el mantenimiento del *statu quo*, soslayando además el conflicto de clases. Todo esto coincide a grandes rasgos con otras observaciones realizadas años antes en una sociedad de tipo tribal (Van Velsen, 1961). En la misma línea interpretativa, pero en otra área española —Galicia— Rodríguez Campos (1984: 37) ha subrayado el efecto de la emigración como un mecanismo que permite el mantenimiento y adaptación del modo de producción tradicional a las nuevas demandas del mercado, evitando la ruptura de los vínculos tradicionales y afectivos. A escala regional, en España se dan casos en que la emigración ha supuesto una válvula de escape en épocas de crisis económica, como sucede en Canarias, y a la vez ha coadyuvado a la génesis de la etnicidad isleña (Galván, 1981: 189), claro que otro tanto, por lo que respecta a la etnicidad, podría decirse de alguna otra comunidad autónoma, como la andaluza (Martínez Veiga, 1981: 14).

Una visión tendente a analizar la importancia de la emigración como fenómeno social puede presentar al individuo migrante inmerso en un gran movimiento de ajuste poblacional o como un «eslabón en la cadena entre el pueblo y la ciudad» (Denich, 1970: 133-134), pero no debemos perder

la perspectiva de la persona —nuestro objeto de estudio— como ser volitivo, como arquitecto, en fin, de su propio destino por más que se halle en un proceso de conversión de campesino a post-campesino dentro del marco de la revolución industrial (Douglass, 1970; Park, 1950; Gutkind, 1965).

II. PRINCIPALES CONTRIBUCIONES A LA INVESTIGACIÓN

Ya hemos podido ver a lo largo de la introducción que las migraciones y los migrantes han sido y son objeto de estudio de diversas ciencias, no sólo de la Antropología. Aun dentro de nuestra disciplina científica puede decirse que el estudio de las migraciones y las comunidades por ellas afectadas constituye una subespecialidad que ha sido abordada por un cierto número de investigadores, algunos de los cuales han trabajado también en otros campos; de hecho, los primeros antropólogos que se dedicaron a este tema son conocidos además por numerosas aportaciones ajenas al mundo de las migraciones.

Puede decirse —así lo admite la generalidad de las investigaciones— que el pionero en el estudio científico del proceso migratorio fue el demógrafo y estadístico británico E. G. Ravenstein, cuya obra *‘The laws of migration’* (1885) trató de establecer las siete leyes por las que se rige todo proceso migratorio, que serían:

- I) Tendencia a recorrer la menor distancia posible, canalizada a través de «corrientes migratorias».
- II) Las ciudades absorben en primer lugar a la gente de las áreas más cercanas, y luego a las de las más alejadas (proceso de absorción).
- III) El proceso de dispersión (áreas que pierden capacidad de atracción) es contrario al proceso de absorción ya enunciado.
- IV) Toda corriente migratoria importante produce la correspondiente contracorriente.
- V) Los emigrantes que proceden de largas distancias, tienden a dirigirse a grandes centros industriales y de comercio, y no a centros secundarios o más pequeños.
- VI) Los naturales de las ciudades son menos migratorios que los de las áreas rurales.
- VII) Las mujeres emigran más que los hombres. (Cfr. Giner y Salcedo, 1976: 116-117).

Después de Ravenstein, la primera gran aportación de un antropólogo clásico se debe a A. C. Haddon, que en 1912 habla ya de los dos factores fundamentales que intervienen en toda migración: la expulsión y la atrac-

ción. Ambas fuerzas operan sobre el individuo mostrando, de un lado, las circunstancias que empujan (necesidad, pobreza, hambre) y de otro las que atraen (bienestar, trabajo estable, ascenso social). Cuando la combinación de fuerzas es la adecuada, se desencadena el proceso migratorio (Cfr. Kasdan, 1970). Unos años después Simmel (1926) analizaba ya las repercusiones producidas por la emigración en las formas de socialización de los pueblos, y en España se planteaban las causas de la despoblación de los campos y se proponía la reforma agraria integral para frenarla (Roda, 1926). De esos primeros años data también el trabajo de Numelin (1937), que añadía a las ya conocidas fuerzas de expulsión y atracción otra serie de operandos en el proceso migratorio: ansia de poder, conquista, guerra...

Muy en relación con esa fuerza de atracción de que hablaban los primeros estudiosos se halla el concepto de *oportunidad interviniente* como motor del proceso migratorio, elaborado por Stouffer (1940):

El número de personas que se desplaza a una distancia dada es proporcional al número de oportunidades existentes a esa distancia, e inversamente proporcional al número de oportunidades intervinientes. (Cfr. Giner y Salcedo, 1976: 118).

Como subdisciplina dentro de la Antropología, el estudio de las migraciones tiene mucho que ver con otras parcelas de la ciencia, muy especialmente con la Antropología urbana, por ello no es de extrañar que alguna de las grandes aportaciones de esa área haya sido hecha desde el estudio de procesos migratorios cuyo resultado ha sido la instalación de un grupo humano en la ciudad, provocando lo que se llamó «procesos de urbanización»; esto es lo que ocurre con los trabajos de los Wilson (1941, 1942, 1951) acerca de la destribalización de los *nyakyusa* de Zimbabwe a raíz de su urbanización y con todos los trabajos que, en esta línea, fueron desarrollados desde el *Rhodes-Livingstone Journal* y por la escuela de Manchester (Cfr. Pujadas, 1993: 38-39).

Con todo, es a partir de 1950 cuando se da un giro importante en el estudio del migrante, al que ya nos referíamos líneas más arriba, valorando su papel dentro de la sociedad como un miembro especial de la misma (Park, 1950) y mostrándole no como un sujeto pasivo, sino como individuo activo que comprende su entorno y toma sus propias decisiones entre las alternativas que se le ofrecen, llegando a transformar su realidad social inmediata (Barnes, 1954; Mitchell, 1956; Epstein, 1958, 1961; Gutkind, 1965).

Prácticamente desde los primeros estudios de los movimientos migratorios, los investigadores, tanto sociólogos como antropólogos, han

percibido la multiplicidad de posibilidades en este campo. Las migraciones pueden ser de muy distintos tipos tanto si se considera su duración como si se toma su alcance u otras características (composición socioeconómica, número de personas afectadas, etc.). Por ello, se han elaborado distintas tipologías del hecho migratorio, atendiendo a uno u otro de los factores que lo conforman con el fin de perfeccionar el estudio de cada caso particular adscribiéndolo a un modelo establecido. Entre las primeras tipologías se considera la de Fairchild (1925), que comienza por distinguir dos grandes grupos de migraciones: pacíficas y violentas. Cuando de una migración violenta se trata prefiere Fairchild hablar de *invasión* para el asalto de una comunidad de grado cultural inferior al de la comunidad de destino, mientras que si se trata del proceso inverso, paso de una comunidad culturalmente superior hacia otra más atrasada, habría que hablar de *conquista*. En el campo de las migraciones pacíficas, emplea Fairchild el término *inmigración* cuando una comunidad culturalmente superior recibe miembros de una sociedad de cultura inferior o cuando el grado de desarrollo cultural es similar en ambas comunidades, y propone hablar de *colonización* cuando el paso es de una sociedad más culta hacia otra de menor nivel cultural. No es necesario argüir que el gran problema de esta tipología reside en los conceptos de cultura *alta* y cultura *baja*, que están más en relación con definiciones decimonónicas del evolucionismo cultural que con las líneas de investigación y tipológicas que han seguido autores posteriores.

Dejando a un lado la cuestión del nivel cultural de cada una de las sociedades implicadas, otras tipologías han preferido tomar como criterio el alcance espacial de los movimientos: se distinguen claramente las migraciones intralocales o intrarregionales (interiores diríamos nosotros) de las interlocales o interregionales (exteriores) (Kant, 1953). Criterios bien distintos son los que emplea Petersen (1958), que por un lado busca el componente interno y diferencia dos modelos de migración: a) innovadora, la que se emprende con el objeto de cambiar el modo de vida hacia una sociedad más moderna, más industrial; y b) conservadora, para preservar ese estilo de vida, hacia un mundo que esté a un nivel semejante o inferior de industrialización. Por otra parte se fija también en los componentes externos, delimitando cuatro fuerzas que marcan el inicio de la migración:

- 1) Empuje ecológico (el caso del nomadismo en sociedades sencillas).
- 2) Política que facilita o promueve la migración (se trata, pues, de un movimiento impulsado o forzado).
- 3) Mayores aspiraciones individuales (movimiento libre).
- 4) Momento social (que puede favorecer un asentamiento masivo o una urbanización).

Como crítica a la tipología propuesta por Petersen, se ha aducido que las migraciones temporales no son claramente clasificables en ninguno de los dos tipos de migración conservadora/innovadora, y que, aun aceptando las cuatro fuerzas que marcan el inicio del movimiento migratorio, parece pertinente dividir los factores que entran en juego en este proceso en dos grandes grupos:

- 1) Factores autogénicos: los que dependen de la idiosincrasia del individuo, como el deseo de promoción personal, los estímulos socioculturales, políticos o demográficos.
- 2) Factores alogénicos: aquellos que proceden del entorno que rodea a la persona, tales como la actuación de fuerzas políticas e institucionales, factores medioambientales como sequía, terremotos, etc. (Pryor, 1975: 34-35).

En todo caso, el criterio que más a menudo ha sido escogido para establecer una tipología del hecho migratorio ha sido la duración del movimiento. Una primera aproximación a la cuestión establece una clara división entre migración temporal y migración definitiva, sin embargo basta acudir a los trabajos de los especialistas para darse cuenta de que incluso la referida distinción es matizable desde muchos puntos de vista. Un demógrafo como Dollot (1971) discernía cuatro grandes grupos dentro de las migraciones temporales: nomadismo, trashumancia, movimientos estacionales (incluyendo siega, vendimia, venta ambulante, ferias, desplazamientos cotidianos desde la ciudad dormitorio al punto de trabajo) y migraciones desinteresadas o de esparcimiento (peregrinaciones, asistencia a congresos, juegos olímpicos, turismo, vivienda secundaria, ...) Todos estos grupos implican la existencia de un movimiento de ida y retorno, más o menos dilatado pero cierto, mientras que las migraciones definitivas no contemplan la posibilidad de regreso, y pueden subdividirse en tres tipos: movimiento de mano de obra hacia regiones industriales, colonización de zonas agrícolas subpobladas y movimientos colectivos de diverso origen (sentimental, tradición, etc.)

No es difícil darse cuenta de que esta clasificación deja en el aire muchas modalidades, y que crea grandes problemas a la hora de las adscripciones, ya que un migrante puede estar comprendido a la vez en varios grupos: un obrero que se desplaza con carácter definitivo a un área industrial, por ejemplo, si ha de desplazarse desde su barrio de residencia hasta la capital donde tiene su puesto de trabajo, entraría también en el grupo de los movimientos temporales.

La más exitosa de las tipologías propuestas desde el campo de la Antropología fue la de Nancie González (1961), que establecía cinco tipos de migración:

- 1) Estacional: la migración que se produce anualmente en la misma época, por ejemplo la que está ligada a labores del campo.
- 2) Temporal no estacional: tiene lugar como resultado de la aplicación de contratos de trabajo eventuales pero no estacionales.
- 3) Recurrente: es aquella migración que se repite durante un período de tiempo prolongado.
- 4) Continua: conlleva un establecimiento durante un lapso de tiempo considerable, que a veces puede carecer de retorno.
- 5) Permanente: implica también un establecimiento prolongado, pero su diferencia con la continua es esencialmente antropológica, pues en este caso, la identidad social del individuo llega a estar casi divorciada de su área de origen.

La dificultad a la hora de aplicar la referida división estriba en que es muy difícil el establecimiento de compartimientos estancos. Igual que ocurría en el caso de Dollot, los tipos contemplados por González son muy permeables, muy especialmente en el caso de la migración continua y la permanente.

Aún es posible citar alguna otra clasificación tipológica basada en la duración del movimiento. Retomando la definición propuesta por Douglass de emigración como movimiento que traspasa fronteras políticas y migración como desplazamiento que tiene lugar en un estado nacional, este mismo autor (Douglass, 1970) establece que la emigración puede ser de tres tipos distintos que no se excluyen entre sí y pueden combinarse en una misma persona: a) permanente (que carece de retorno, claro está, pero que no supone necesariamente una ruptura de lazos con la comunidad de origen, muy al contrario de lo propugnado por González); b) temporal (significa una permanencia larga, pero finaliza con el retorno, su duración es muy variable, pero puede estar en torno a los cincuenta años de media); c) ave de paso (implica temporadas de meses fuera y otros meses en la comunidad de origen, puede dilatarse durante décadas). La migración o cambio de residencia en un mismo estado nacional vendría a comprender los mismos tres tipos de la emigración, y aun cabría distinguir un tercer tipo que podríamos denominar de ida y vuelta —Douglass utiliza el término *commuting*— que comprende a las personas que, manteniendo la residencia en su población, la dejan para acudir a su trabajo, la duración del movimiento puede comprender desde horas a semanas.

La gran virtud de esta tipología reside en su flexibilidad, derivada del establecimiento de unos tipos que abarcan un amplio espectro de posibilidades. Bastante relacionada con ella citaremos un último ejemplo que contempla tres grupos también considerablemente amplios y por ello no excesivamente problemáticos; la migración puede ser:

- 1) Permanente: se trata de un desplazamiento definitivo que no incluye la intención de volver.

- 2) Semidefinida: se tiene el propósito de regresar, pero no se establece una fecha; conlleva una ruptura provisional con la comunidad de origen.
- 3) Por temporada: es la emigración de corto plazo, relacionada con los ciclos agrícolas, turísticos, de la construcción, etc. (Gregory, 1978).

Una revisión de las clasificaciones vistas nos dará la idea de que un fenómeno tan multifacético y que contempla tan gran variedad de posibilidades no es fácilmente diseccionable. Por otra parte, la mayoría de los trabajos teorizadores sobre una tipología de las migraciones fueron realizados a partir de los estudios empíricos —parciales por tanto— de los grupos con que trabajaba cada uno de los autores, por ello se acrecienta la dificultad de aplicar a toda la casuística posible lo que ha sido observado y ensayado en una comunidad delimitada. En la práctica, estos modelos no han funcionado, porque además los autores han trabajado con sus comunidades como si fueran casos únicos, sin extraer de la bibliografía todo el provecho necesario. A todos estos defectos de la investigación y posterior formulación teórica hay que añadir que el fenómeno migratorio ha sido estudiado por diferentes disciplinas cada una por separado, cuando lo que se ha apuntado como necesario sería el enunciado de una teoría de interacción espacial humana en general (Gade, 1970).

III. ÁMBITOS DE LA INVESTIGACIÓN ANTROPOLÓGICA SOBRE LAS MIGRACIONES

Ya se ha visto que el proceso migratorio afecta no sólo a las personas implicadas, sino muy particularmente a la comunidad emisora y a la comunidad receptora, esto es, hay una serie de ámbitos que afectan y son afectados por las migraciones. Si se concibe la migración como un proceso dinámico, con distintas fases, es lógico que un estudio que pretenda abarcar un ideal movimiento migratorio, debería tratar de abordar todos los estadios del mismo, desde el entorno original hasta el asentamiento escogido, pasando por todos los problemas inherentes a la movilidad emprendida. No obstante, tal situación prototípica se ha dado en muy escasas ocasiones, siendo lo más frecuente toparse con estudios parciales de una u otra de las fases migratorias, especialmente por lo que se refiere a Europa Occidental y América del Norte, donde la complejidad de los movimientos, la multiplicidad de procedencias y el carácter masivo de las reubicaciones han dificultado considerablemente la confección de una visión global del problema. Así, más que de estudios sobre procesos migratorios o sobre migraciones, parece más apropiado hablar de estudios sobre migrantes, emigrados, inmigrados, o el término, en fin, que mejor

designe en cada caso a los protagonistas de los hechos particulares que han merecido la atención de los antropólogos.

En los países que llamamos desarrollados, tal vez el hecho cultural de más alcance en el presente siglo haya sido el denominado *cambio social*, por el cual la sociedad tradicional ha sufrido en media centuria una serie de modificaciones mucho más profundas de las que ha experimentado en los últimos siglos. Especialmente desde el final de la Segunda Guerra Mundial, se ha acelerado el proceso de transformación de las sociedades occidentales, un proceso que conlleva drásticas y radicales modificaciones tanto de las comunidades rurales tradicionales como de los asentamientos urbanos. La expansión de los medios de comunicación de masas y la economía del bienestar van equiparando, gradualmente, la vida del campo y la de la ciudad, reduciendo el tradicional contrapunto entre ambos medios y equilibrando sus diferencias, de manera que los sistemas de valores imperantes en uno y otro entorno van aproximándose considerablemente en un proceso que, generalmente, comprende la adopción por la comunidad rural de los valores, metas y objetivos que predominan en la urbe. También en los países en vías de desarrollo y en el Tercer Mundo los últimos cincuenta años han traído profundos cambios: al proceso de independencia de muchos de ellos hay que sumar la rapidísima transformación a la economía de mercado partiendo de estructuras preindustriales y la cada vez más preocupante crisis que asfixia, mediante la deuda externa, casi a las cuatro quintas partes del planeta.

En estos cambios a que nos hemos referido han desempeñado un papel esencial los movimientos migratorios; de hecho, éstos han estado profundamente unidos al proceso económico, hasta el punto de que se considera que la transformación de la estructura económica es a la vez causa y consecuencia de la redistribución de la población (Pryor, 1975: 27) y se puede hablar de la existencia de un círculo vicioso por el cual los cambios económicos provocan la emigración y la emigración acarrea cambios económicos debidos al ajuste de usos y valores (Pérez Díaz, 1974: 40). Por todo ello numerosos autores han prestado atención a los procesos de cambio social y económico que en las comunidades de origen de los migrantes ha forzado la salida de éstos. A este fenómeno, que se ha llamado éxodo rural, con sus causas y sus consecuencias, sus implicaciones en el modelo de vida campesino, etc. se ha dedicado una amplia bibliografía relativa tanto a países desarrollados como al Tercer Mundo.

Si bien ya se ha citado a lo largo del texto la principal literatura sobre la despoblación de los campos, aún hemos de referirnos a algunas importantes aportaciones que han puesto el énfasis en las consecuencias sociales de la emigración. Se ha dicho que emigran más mujeres que hombres y

que esto conlleva un descenso de la natalidad en la comunidad de origen; a la vez, parece comprobado en bastantes casos que las mujeres emigran más jóvenes que los hombres, lo que agrava el problema. A estos problemas creados por la emigración se añade el fundamental: cuando una comunidad pierde a un número considerable de sus miembros a causa del éxodo, la emigración llega a institucionalizarse, se convierte en una tradición y atrae a otros posibles migrantes, funcionando como una progresión geométrica en el reclutamiento de nuevos trabajadores para la industria ubicada en las ciudades. A los efectos sobre la organización familiar de que ya hablábamos más arriba, hay que añadir la aparición de nuevos problemas como el de las *viudas de vivos* y otros similares (Brettelle, 1985), así como una decadencia general en el nivel educativo de la comunidad emisora, quedando el liderazgo de la comunidad en manos de los tradicionalistas y conservadores. Con la pérdida de jóvenes aumenta la población inactiva, con lo que decae la calidad de los servicios públicos (incluidos los sociales) debido a la escasa rentabilidad política de los mismos. Los efectos económicos no pueden ser peores: se frena el desarrollo, descende la producción y se encarecen los productos; aumenta la dependencia del exterior en capital y empleo. El resumen de todo ello provoca la apatía, la resignación y la caída del optimismo y del pensamiento progresista entre los que se quedan (Gade, 1970).

Existe una serie de factores cuya intensidad determina el impacto causado por la emigración en la comunidad de origen. Dichos factores fueron resumidos por Philpott y aplicados a su estudio sobre migrantes de la isla de Montserrat a Gran Bretaña (Philpott, 1968, 1970). Según este antropólogo, el efecto causado por la emigración dependerá de circunstancias locales que se resumen así:

A) Estructura social preexistente: la rigidez o flexibilidad de las reglas sociales, la división del trabajo, los modelos de residencia, factores ecológicos, etc.

B) Selección de la migración: la mayor parte de las veces los factores de selección vienen impuestos desde fuera: la necesidad de mano de obra, pero también pueden ser internos: desempleo, primogenitura, superpoblación. En este caso, el cambio social que provoca la migración es minimizado.

C) Tipo de migración: se da por válida la tipología establecida por González que ya referimos antes; estacional, temporal no estacional, recurrente, continua, permanente.

D) Ideología del migrante: ésta se define como «el modelo cognitivo que el migrante se forma sobre la naturaleza y las metas de su migración». En este terreno importa diferenciar lo que el migrante cree que hace de lo que realmente hace. Cita Philpott el caso de emigrados de Montserrat que creen que regresarán algún día y en función de esta idea construyen su relación con la comunidad de origen que les espera, y se orientan preferentemente hacia la misma. En el otro extremo

se sitúan los que se orientan exclusivamente hacia la sociedad de adopción y van cambiando sus metas (se quedan, aunque en principio esperaban volver).

E) Organización social migrante: allí donde los migrantes se agrupan, aparecen redes de control social que ayudan a generar recursos conforme a las expectativas de la comunidad de origen. A la vez, estas redes pueden funcionar como agencia informal de reclutamiento de nuevos migrantes y favorecer el intercambio de personas.

La existencia de redes de control basadas en el paisanaje y/o en el parentesco y su importancia socioeconómica ya habían sido constatadas años antes en otros lugares: entre los sicilianos de Chicago, que se establecían en el barrio de Little Sicily en los primeros decenios de este siglo (Zorbaugh, 1929) o entre campesinos griegos emigrados a Atenas, donde el parentesco funciona como medio de contacto rural-urbano, y sus nexos no desaparecen ni siquiera con la elevación del status social de cualquiera de sus miembros:

El elemento de parentesco tiende a disminuir la ambivalencia que a menudo se encuentra en las sociedades móviles entre participantes de distintos niveles culturales y ocupantes de diferentes grados de prestigio y poder en la estructura social. (Friedl, 1959: 35).

Algo similar, pero abarcando el concepto de tribu, fue percibido en Suráfrica donde, entre los *xhosa* emigrados a la ciudad, los agrupamientos que mantenían vigentes las redes sociales creadas en la comunidad de origen ayudaban a cumplir las obligaciones adquiridas con la misma (Mayer, 1961) y en el mismo continente se ha estudiado a los campesinos egipcios asentados en El Cairo, que se asocian y ayudan a sus paisanos, viviendo además en los mismos barrios (Abu-Lughod, 1961). En Europa, el mismo fenómeno fue documentado en un serio estudio sobre emigrados rurales yugoslavos asentados en ciudades de aquella antigua república balcánica; allí (Denich, 1970) el emigrado comienza utilizando su parentesco para ir extendiendo su esfera a relaciones y amistades en un continuo juego de asistencia recíproca cuyo objetivo es hacer frente a todos los pequeños y grandes problemas de la vida urbana; a la vez, se mantienen vivos los lazos con la comunidad de origen con objeto de seguir formando parte de ella, materializándolo con la participación en fiestas y rituales. Además de facilitar el asentamiento y amortiguar el choque cultural que supone la relocalización, estas asociaciones informales —e incluso a veces las oficiales— de inmigrados pueden convertirse en grupos primarios que favorecen lo que se ha llamado *dicotomía estabilizada* y, a través de esta doble identificación con la comunidad de origen y con

la de adopción, la integración en la nueva sociedad (Schnapper, 1988: 203).

Tanto Denich como Friedl, pero en general todos los estudiosos del éxodo rural, han coincidido en señalar que el mantenimiento de los lazos con la comunidad de origen favorece nuevas migraciones. El emigrado no sólo aparece en su pueblo como testimonio vivo del éxito, sino que ejerce como cabeza de puente para nuevos emigrantes, que verán allanado su camino gracias a las amistades o relaciones de su paisano. Muy probablemente éste le buscará un alojamiento y quizás un trabajo, le aconsejará sobre documentación necesaria, formalidades burocráticas, etc. y le auxiliará con su compañía cuando el peligro de la soledad se cierna sobre el recién llegado a la ciudad. En determinadas ocasiones estas redes de parentesco coadyuvan a mantener y potenciar una etnicidad concreta mediante la protección de valores culturales o religiosos, y pueden llegar —por este camino— a favorecer la movilización política del grupo, tanto en el país de origen como en el de adopción, tal como sucede con las comunidades judías sirias de Damasco y Alepo establecidas en Israel y en los Estados Unidos (Zenner, 1970). Este fenómeno de la asistencia entre los emigrados y sus comunidades de origen a través del parentesco parece, sin embargo, limitado a las sociedades *abiertas*, frente a las *cerradas*, donde se afirma que no sucede con la misma facilidad (Wolf, 1980: 32).

De entre los estudios sobre comunidades de inmigrados en el medio urbano, es habitual citar el trabajo de Thomas y Znaniecki (1918) como el precursor en este campo. Dicha obra, que recoge historias vitales de campesinos polacos emigrados a Norteamérica, inaugura la corriente de estudios sobre estas comunidades, y lo hace aplicando de modo magistral la técnica referida de la historia de vida, provocando el renacimiento del interés por el hombre común en la ciencia sociológica (Marsal, 1974: 48; Balan y otros, 1974; Langness, 1974; Mercadé, 1986) y desarrollando la «teoría de la desintegración social» referida al fenómeno que acompaña al grupo migrante al reinstalarse en la ciudad. Desde luego, en el estudio de los inmigrados en la ciudad se entrelazan con gran facilidad Sociología y Antropología, pues la urbe ha sido el terreno tradicional de la primera hasta que la segunda ha formulado la propia disciplina de la Antropología urbana, recogiendo las aportaciones de la Sociología clásica (Pujadas, 1991: 50). Así, ambas ciencias se han ocupado de la integración o adaptación del ser humano a su entorno social, la cual ha sido definida como el proceso por el cual el individuo no sólo ocupa su «sitio» en la sociedad, sino que además estima que se encuentra bien en su «sitio», sintiéndose suficientemente como los demás (Virton, 1964: II, 348).

La reubicación comporta este problema de la integración a la nueva sociedad; se trata en realidad de un proceso de duración variable que no siempre se completa. El inmigrado puede hallar dificultades para su integración o ponerlas él mismo; en ocasiones la propia cohesión interna del grupo de inmigrados, concentrado en un barrio, puede llegar a reproducir las normas de vida tradicionales importadas de la sociedad de origen, constriñendo a los individuos con un importante control social y dificultando su integración (Brettelle y Callier-Boisvert, 1977). Lógicamente, este proceso requiere la adaptación no sólo a un nuevo entorno geográfico, sino también a una nueva cultura, que por lo general es extraña a la tradición cultural heredada por el migrante; así, se pone en marcha un proceso de aculturación derivado de la mutación del propio sistema cultural (Coing, 1966) que ve cortada la comunicación con la referencia cultural de la comunidad de origen. En muchas ocasiones el choque cultural se ve amortiguado precisamente gracias a la concentración de inmigrados en los suburbios urbanos, en los cuales, y pese a lo apuntado más arriba acerca del control social, el individuo encuentra, además de una red de relaciones que va a utilizar en su propio beneficio, un entorno más parecido a lo que dejó en su población de origen que el propio centro urbano. Estos suburbios atenúan, pues, el choque que supone la gran ciudad (Chivani, 1974), pero es inevitable, especialmente en los primeros años, una falta de identificación con el barrio que se habita: la proyección comunitaria del individuo pierde terreno frente a la vida familiar, la familia nuclear imperante en el medio urbano se convierte en la célula social básica para el inmigrado, desaparece el espacio social, y con él también el tiempo social y su proyección inmediata, las fiestas (Schnapper, 1976: 495). Solamente cuando la provisionalidad de los primeros años va desapareciendo (Schnapper, 1988: 180) se comienza a llevar a cabo la integración y el barrio empieza a ser una comunidad. En todo caso, parece claro que este proceso de integración a la nueva comunidad no es unidimensional, sino que precisa de gestos por parte del inmigrado; con los años de estancia se produce lógicamente la asimilación en niveles sociales, una asimilación que posibilita, por ejemplo, la ausencia de segregación, los contactos interétnicos con los nativos y el aprendizaje del idioma, pero la total integración requiere la voluntad del individuo y se produce a través de cambios de más difícil concreción, como la mejora en el status social, una más aceptable calidad de la vivienda (que suele pasar por el abandono del barrio de inmigrados) y, sobre todo, la identificación étnica con la sociedad de adopción, que muy bien podría llegar a término gracias al aprendizaje de la lengua y al interés por la cultura autóctona (Esser, 1982) y que, por otro lado, depende en gran parte de

la distancia cultural existente entre la sociedad urbana en que se asientan los inmigrados y el propio sistema sociocultural heredado y reproducido por los inmigrados (Pettonnet, 1979, 1982). En todo caso, el tiempo de residencia en la comunidad elegida es un factor fundamental para la total integración en ella, pero no es determinante, ya que dicha asimilación — que es sobre todo cultural — es el resultado de las acciones y reacciones de los propios inmigrados en relación con la estructura social circundante, y éstas a menudo responden a una decisión personal de tipo político y consciente.

En ocasiones se ha dibujado al emigrante como una persona audaz, emprendedora, abierta a actitudes progresistas y de amplitud de miras. Esto ha dado lugar a la creación de un tópico acerca de la capacidad del emigrante que, en ocasiones, ha sido explotado hasta bordear lo grotesco:

Del campo emigraron siempre a las ciudades los más inquietos, los más osados, con contexturas morfológicas y psíquicas acordes con el progreso. Los extrovertidos, con cabeza caliente y afanes de superación. En el campo permanecieron los menos dotados de nivel psíquico, los que prefieren el sedentarismo, apegados a sus labores cotidianas; los tímidos y limpios de corazón, los introvertidos. (Manrique, 1968: 148).

Esta caracterización ha permanecido durante décadas entre antropólogos y especialistas en biología humana, y no le han faltado fundamentos científicos. En una serie de trabajos aparecidos en 1910-12, Franz Boas recogía datos sobre las modificaciones corporales de los descendientes de emigrantes (Cfr. Caro Baroja, 1991: 123) que había podido recopilar mediante su trabajo de campo. Esta publicación tuvo un importante efecto entre los antropólogos físicos y biólogos, siendo reimpresa años más tarde (Boas, 1940). Ya para entonces había sido formulada la *teoría de la emigración selectiva* (Fisher, 1930), según la cual son los mejores de la comunidad los que emigran, mientras que permanecen los débiles, los mediocres. Esta línea de investigación tuvo gran éxito en la primera mitad de este siglo, siendo manipulada en ocasiones con intereses racistas. En los años sesenta aún estaba en boga, y se elaboraban modelos teóricos para explicar la emigración selectiva (Edwards, 1963; Parsons, 1963); diversos trabajos tendían a establecer diferencias biológicas entre los emigrados y sus paisanos que permanecían en sus poblaciones de origen, casi siempre favorables a los emigrados, atribuyendo esta diversidad a la emigración selectiva (Kempton, 1971; Olivier, 1975). Se sostenía que los emigrados son más altos y fuertes que los no migrantes, con documentados estudios basados en trabajo de campo. Por ejemplo, un trabajo británico (Mascie-Taylor, 1984) se ocupó de seguir los pasos de todos los niños

nacidos en el Reino Unido en una semana de 1958; el seguimiento fue hecho en 1965, 1969 y 1974 con objeto de estudiar la interacción entre movilidad geográfica y movilidad social y el resultado parece ser elocuente: en un gran grupo de la muestra se dio una intensa movilidad espacial y social, y los miembros de este grupo son, en general, más altos que los que no experimentaron movilidad alguna, por lo que puede hablarse de migración selectiva tanto en lo social como en lo geográfico.

Desde los años sesenta se ha desarrollado una segunda línea de investigación acerca de la emigración selectiva, que trata de presentar las diferencias biológicas entre migrantes y no migrantes como una consecuencia, y no causa, del proceso de relocalización. En España se estudió a 600 muchachos murcianos y almerienses en su lugar de origen y en barrios de barracas de Barcelona, y los resultados obtenidos dieron la vuelta a la teoría: las diferencias eran de hasta siete cm. de altura y siete Kg. a favor de los no migrantes, que además se desarrollaban antes (Basabé, 1966: 581, 582). No es difícil suponer las razones de este desajuste: infravivienda, subalimentación y un duro trabajo a pronta edad. Un experimento similar realizado posteriormente entre jóvenes extremeños que vivían en la región y emigrados de allí al municipio madrileño de Móstoles reconocía una altura algo superior (un cm.) entre los padres de los jóvenes que habían emigrado sobre los que no, pero el estudio del cuerpo reveló un desarrollo similar en ambos entornos, ya que aquí no existían las condiciones negativas de la barraca (Sandín, 1981). Así, se puede concluir que los cambios físicos y biológicos pueden tener lugar especialmente en las generaciones siguientes a la emigración, y dependiendo de la relación entre las condiciones de vida de la sociedad que se deja respecto de la que se llega, si éstas mejoran, es posible que la constitución física lo haga también, y viceversa (Susanne, 1984).

IV. ESPAÑA: DE LA EMIGRACIÓN A LA INMIGRACIÓN

En nuestro país los fenómenos migratorios han sido inherentes a nuestra propia Historia. El papel que España desempeñó como gran potencia naval con un vasto imperio colonial le llevó a la necesidad de reubicar una parte de su población más allá de las fronteras peninsulares; además de los cuadros y funcionarios que eran enviados a las colonias, un gran número de personas abandonó la metrópoli para buscar fortuna en las *Indias*. Sobre toda esta práctica de emigraciones transoceánicas hay una larga tradición investigadora que no es, desde luego, la que más nos interesa en este momento (Meijide, 1960;

Cardalliaguet, 1978; Boyd-Bowman, 1976, 1988; Sánchez Albornoz, 1988; Naranjo, 1989; Serrano, 1993), ya que dirigimos nuestro trabajo de manera preferente a los grandes movimientos migratorios que han afectado a nuestro país sobre todo en la segunda mitad del presente siglo, tanto dentro de nuestras fronteras como allende las mismas. Sobre ello se puede adelantar que los flujos emigratorios que en siglos pasados y en las primeras décadas del presente se dirigían sobre todo a América, desde el final de nuestra guerra civil se hacen básicamente interiores, y a partir de los años cincuenta, con la recuperación industrial de una Europa necesitada de mano de obra, se adentran en los países más avanzados del continente.

Desde finales del siglo XVI, pero especialmente a partir del XVIII, se perfila una tendencia que va despoblando las regiones del interior y colmatando las áreas periféricas costeras (Puyol, 1979: 83). Los campos de la Meseta sufren un goteo escalonado y las regiones interiores van perdiendo peso específico en el conjunto español; este proceso se intensifica hasta convertirse en masivo a partir de la década de los cincuenta de este siglo; entre 1961 y 1984, por ejemplo, alrededor de 12 millones de españoles cambiaron de residencia (Puyol, 1988: 83), en un frenético proceso que sólo se frenó desde 1975, cuando la crisis general que afectaba a toda Europa se combinó con nuestra particular crisis política consecuencia del cambio de régimen.

Además de este gran movimiento interior, las décadas de los cincuenta y los sesenta son las de la gran emigración hacia la Europa industrial. Miles de españoles se emplearon como mano de obra barata en la industria europea y aún hoy, pese a que ha retornado casi medio millón de ellos, se cuentan unos 775.000 por toda Europa. A partir de 1973, sin embargo, la crisis económica mundial obliga a los países centroeuropeos a poner barreras para la inmigración, esto, unido al efecto de la misma crisis dentro de España, obliga a los potenciales emigrantes a permanecer en sus lugares de origen, pues las oportunidades son muy reducidas. Ambos factores, unidos a la emergencia de gobiernos totalitarios en Iberoamérica y a la ausencia de definición de una política de inmigración en España, además de la apertura política y económica del país en esos años, va posibilitando que España deje de ser un país de emigrantes para comenzar a atraer la inmigración —sobre todo— de iberoamericanos, africanos y asiáticos (Prada, 1989: 211). Actualmente el fenómeno de los inmigrantes, que han llegado en importantes cantidades durante la década de los ochenta, se ha convertido en un problema político, en particular por la voluntad de limitar las llegadas explicitada a través de la Ley de Extranjería, y también social, dando lugar a brotes de xenofobia y racismo en lugares y situaciones

concretas que son el caldo de cultivo para un conflicto social de magnitud imprevisible (Calvo, 1991: 311).

El interés científico por estos temas, por los movimientos humanos en nuestro país, viene de antiguo, y, junto a investigaciones sobre emigraciones pasadas hacia América (Rubio, 1930-32) ya las primeras décadas de este siglo vieron la aparición de estudios referentes al problema que nos ocupa. La preocupación por la despoblación de los campos era de cierta importancia cuando en 1925 la Real Sociedad Matritense de Amigos del País convocó un concurso de ensayos sobre las causas de la emigración rural hacia la ciudad y sus posibles remedios; el estudio premiado fue el de Rafael de Roda y Jiménez (1926), y recogía ya datos de pueblos que se habían quedado prácticamente sin habitantes merced al proceso migratorio sufrido, proponiendo soluciones como la reforma agraria, desconcentración de propiedades, fomento de la cultura entre los agricultores y mejora de sus condiciones de vida. En estos años la emigración no es un objeto de estudio antropológico, los patriarcas de la investigación etnográfica o antropológica están ocupados en ese momento en la recopilación de la cultura campesina (derecho consuetudinario, fiestas, indumentaria, etc.) y aún no se ha acuñado el término *Antropología urbana*.

A pesar de este primer interés científico en los estudios pioneros sobre la emigración en nuestro país, hay que esperar hasta los años cincuenta, cuando la redistribución de la población alcanza niveles de gran movimiento de masas, para hallar trabajos serios y documentados sobre los diversos aspectos y problemas que plantea la emigración. No encontramos en España, en esos años, estudios sobre la emigración como fenómeno antropológico, ni elaboraciones teóricas sobre la misma, sino preferentemente trabajos sobre el éxodo rural o sobre comunidades de inmigrados en el medio urbano, por ello el antropólogo que investiga el mundo de los emigrados, sea cual sea el entorno físico en que lo hace, la ciudad o el campo, debe acudir a aportaciones realizadas desde otras ciencias para obtener una visión de conjunto que su trabajo de campo no puede darle. Esto no es novedad, pues la investigación actual tiene una marcada tendencia a la interdisciplinariedad especialmente tratándose de las ciencias sociales, hoy profundamente entrelazadas en el estudio del ser humano en su entorno. Así, los estudios que hacen una valoración e interpretación de los movimientos migratorios en España proceden de diferentes ciencias.

Para un economista como Tamames (1962, 1985) parece claro que las migraciones se plantean en términos de reparto de las riquezas. Las regiones con mayor crecimiento vegetativo hacia 1950 eran Galicia, las dos Castillas, Andalucía y Extremadura, y todas disfrutaban de una muy baja renta per cápita; en el otro lado de la balanza, el proceso de industria-

lización de las ciudades del Norte y de Cataluña, así como de Madrid, se intensificó de 1951 a 1960 atrayendo al excedente de las regiones más empobrecidas; así, sólo en esa década un millón y medio de personas acudieron a cubrir los puestos de trabajo que les esperaban en las ciudades (Tamames, 1985: 27). Los estudios demográficos también son de interés para nosotros, arrojando datos que pueden diferir en ocasiones, pero que en definitiva dibujan un cuadro de una España despoblándose en su interior a marchas forzadas y depositando población en las ciudades de la periferia con las solas excepciones de los focos inmigratorios en el interior de Madrid, Valladolid y Sevilla (García Barbancho, 1967, 1975; Leguina, Monreal y Raspado, 1976).

La Geografía Humana se ocupa también de la cuestión, y precisamente de ese campo proceden algunas de las más importantes y útiles aportaciones al conocimiento de las migraciones en España. Se ha puesto el énfasis en el efecto negativo que sobre el campo tuvo el Plan de Estabilización Económica de 1959, que provocó un descenso de la actividad económica en general; este factor, unido al intento de industrialización del país llevado a cabo a través del I y II Plan de Desarrollo, llevó a muchos miles de españoles a buscar una nueva vida en las ciudades industriales. No obstante, la falta de una infraestructura industrial suficiente impidió la total absorción de esta mano de obra que era excedente en el campo, por lo que se intensificó la emigración hacia una Europa que precisaba brazos y que además pagaba mejor (Estébanez y Puyol, 1973: 125-126). Por regiones, las más afectadas por la hemorragia migratoria son las centrales, ambas Castillas, Extremadura, y Andalucía; así, se puede afirmar que «los desplazamientos internos de la población obedecen en última instancia a las desigualdades económicas existentes entre las regiones españolas» (Puyol, 1979: 135), unas desigualdades que, por medio de la emigración, lejos de resolverse, van agravándose y ahondándose la separación entre las regiones ricas y las pobres.

La crisis de 1973-75 favorecerá el detenimiento del flujo emigratorio en las áreas rurales, a consecuencia de la creciente dificultad para abrirse camino en las ciudades; el desempleo y la pérdida de capacidad adquisitiva en esos años propician no sólo la menor envergadura de los movimientos, sino también el que aparezcan importantes cambios en las direcciones de los migrantes, que ahora retornan a las regiones de donde salieron. De este modo, en 1984 las provincias que perdieron más población por emigración fueron, por este orden, Barcelona, Vizcaya, Guipúzcoa y Madrid, justo al contrario que veinte años antes (Puyol, 1988: 90). A pesar de ello, las regiones interiores a que nos estamos refiriendo han perdido ya de modo irremisible una gran parte de su población, hipote-

cando su futuro desarrollo, pues las áreas rurales de estas comunidades autónomas están pobladas en su mayoría por jubilados o trabajadores que pronto lo estarán, siendo casi inexistente el relevo generacional. La región más afectada es Castilla-La Mancha, con un 43,68 % de los nacidos en esa región viviendo fuera de ella, y le siguen Extremadura (42,65 %) y Castilla y León (35,46 %) (Campo y Navarro, 1987: 100).

Además de estos estudios que vamos viendo, realizados por geógrafos, no podemos ignorar otros que pueden ser de gran interés (García Fernández, 1965; Higuera, 1967), pero acudiremos sobre todo a la Sociología para estudiar la más interesante teoría sobre la emigración en la Península Ibérica. Esta elaboración del fenómeno migratorio (Perpiñá, 1965) divide la península en zonas de influencia de las grandes ciudades, a las cuales denomina *coras*, estableciendo distintos grados de interacción entre las áreas urbanas y las rurales que marcan la intensidad y características de la emigración.

En los años sesenta y setenta se llega a hablar de consecuencias positivas de la emigración en las comunidades agropecuarias, tanto desde fuera de la Antropología (Perpiñá, 1965: 39) como desde ella, al menos en casos concretos (Brandes, 1978: 35, 57) en el sentido de que la salida de los excedentes poblacionales puede liberar recursos que permitan la elevación del nivel de vida de los que se quedan; sin embargo, las conclusiones a que llega la mayoría de investigadores se refieren al impacto negativo de la emigración a corto, medio y —sobre todo— a largo plazo, debido tanto a la desorganización y estancamiento económicos que produce (Gámiz, 1973: 3) como a la hipoteca del futuro de las comunidades rurales, que viene dada por la pérdida de población y por la alta edad media de los que mantienen a la sociedad con su trabajo (Puyol, 1979: 176), y ello sin contar con la vieja controversia acerca del carácter selectivo de la emigración, que, de ser cierto, privaría a la comunidad de sus mejores efectivos (Siguán, 1965: 153).

Es obligado citar, como fuente documental de primer orden para el estudioso, el necesario uso de reseñas e investigaciones estadísticas, y en este apartado nos referimos muy especialmente a las publicaciones del Instituto Nacional de Estadística, instrumento esencial de nuestra labor, no sólo los anuarios estadísticos o los censos, sino muy especialmente aquellos trabajos que abordan de manera específica los movimientos migratorios (I.N.E., 1974, 1978, 1984, 1988), obras que, manejadas y explotadas adecuadamente por algunos investigadores, han posibilitado interesantes estudios como los de García Barbanchó a que nos referíamos antes.

Como se puede ver, el manejo de muy diversa documentación y bibliografía puede convertirse en imprescindible para el antropólogo que se

ocupa del tema migratorio, todo ello nos lleva a pensar nuevamente en que el estudio de las migraciones o de los migrantes es, por fuerza, de origen diverso, y que la Antropología se ocupa del mismo a la vez que lo hacen otras ciencias. Al mismo tiempo, el estudio antropológico de los migrantes puede nutrirse de las aportaciones realizadas en otros campos de nuestra propia ciencia, ya que es habitual encontrar referencias al impacto de la emigración en etnografías de comunidades rurales concretas tanto como en estudios referentes al hombre en la ciudad; esto se debe, obviamente, a que el emigrante o el inmigrado, según casos, es un miembro más de la comunidad en que se inserta, si bien puede reunir ciertas características distintivas, pero que en todo caso desarrolla su trayectoria vital en una comunidad concreta y establece en ella sus redes de relaciones. De hecho, nada resultaría más acientífico ni estéril para nuestro trabajo que el abordar el estudio de los migrantes de una manera totalmente aséptica y el ocuparnos de ellos como si vivieran aislados de la comunidad, muy al contrario, nuestro trabajo debe dirigirse a analizar su interacción tanto con la sociedad en que viven como con la que abandonaron, especialmente si mantienen con ella vínculos operativos o afectivos.

Respecto al éxodo rural en nuestro país, se encuentra la obra de Miguel Siguán Soler entre las primeras aportaciones que se han hecho. Sus trabajos, de enfoque sociológico, han tratado de estudiar a los emigrantes tanto en su llegada y adaptación a la ciudad (1959) como en la partida desde la población campesina (1966), sin olvidar otros conceptos como la construcción psicológica que de la emigración se hace el habitante del campo (1965). Acerca de la adaptación a la ciudad, se pone de relieve el papel que pueden desempeñar la parroquia urbana y la empresa industrial en la correcta integración del inmigrado y su socialización, pero describe tal adaptación como un proceso traumatizante, de manera particular para la mujer, «por su temperamento o porque sufre más que el hombre las dificultades de adaptación de la ciudad» (Siguán, 1959: 255) lo que le lleva a recordar más a menudo que su compañero el pueblo que tuvo que abandonar. Esta visión nostálgica del pueblo viene dada por una emigración expulsiva —«el inmigrante se marcha porque el campo le echa» (Siguán, 1959: 19)—, pero no es sólo que la vida se convierta en una continua inquietud y angustia que invita a partir, sino que, junto a la miseria en que se vive, existe la certeza de lograr un mayor nivel de vida en la ciudad, o, por lo menos, la posibilidad de una mejor formación profesional para los hijos. Así, la emigración aparece como algo inevitable (Siguán, 1965: 150) y sus beneficiarios, en último término, van a ser los hijos:

Es para ellos que la ciudad despliega el abanico de sus posibilidades, y ellos son los que pueden ascender y los que pueden hundirse (...) Para ellos es lo inquietante de vivir en el suburbio, con su descomposición social y falta de capacidades formativas (Siguán, 1965: 155)

Efectivamente, la vida en el suburbio, ámbito natural del jornalero recién llegado a la ciudad, dificulta la normalidad de la vida en familia por causa de la ausencia de intimidad y, a la vez, influye sobre la integración del grupo familiar al nuevo medio ya que el barrio marginal tiende a funcionar como una estructura social independiente del resto de la ciudad (Siguán, 1965: 154). Con todo, para el campesino resulta de gran atractivo el modo de vida urbano, o tal vez haya que decir que resultaba cuando Siguán hizo su investigación, ya que las diferencias se han reducido notablemente; por aquellos años, y siempre siguiendo al investigador de que hablamos, no es sólo que en el campo hubiera menos ingresos por término medio, sino que además en la ciudad se podían adquirir bienes materiales que en el ámbito rural no existían (Siguán, 1966: 534), y que, además, la movilidad social en una comunidad reducida como los pueblos del interior español en los sesenta era extremadamente restringida, al contrario de lo que el campesino percibía de la ciudad, donde pensaba que era mucho más fácil ascender en la escala social.

Ya que la tradición de la investigación etnográfica en España había estado basada fundamentalmente en los datos que se recogían sobre la cultura campesina, sin prestar una atención más que tangencial a la interacción ciudad-campo, es necesario permanecer en los dominios de la Sociología para manejar estudios sobre el éxodo rural que, sin duda, son de utilidad para nosotros; en este ámbito no podemos dejar de referirnos a la figura de Víctor Pérez Díaz, que en la década de 1965 a 1975 produjo las más interesantes obras sobre la despoblación de los campos castellanos y los cambios que en esos años estaban transformando radicalmente la estructura social de los mismos. Si bien en sus estudios defiende el papel modernizador de la sociedad rural desempeñado por la emigración, el propio Pérez Díaz percibe que el éxodo de los trabajadores sin tierra hace desaparecer una presión insostenible sobre la sociedad tradicional, que amenaza con estallar (1966: 19); de hecho, las condiciones de vida de la clase trabajadora rural, resumidas en el subempleo, salarios de hambre, hábitat miserable y subordinación política y social, hacen de ella un grupo social estructuralmente desarraigado y, por lo tanto, dispuesto a la movilidad (1978: 227), su emigración será la respuesta más drástica al abandono que sufre. Asimismo, la huida de capas enteras de la población (emigración *universal*) obliga a la mecanización de los campos y, para ello, a la

concentración de propiedades, dificultándose aún más la movilidad social y generando este panorama una mayor emigración.

Durante los años sesenta, la situación del campo castellano mejoró respecto de la que tuvo antes de la guerra civil, sin embargo su desajuste en relación con el mundo urbano creció, por lo que puede decirse que los pueblos eran más pobres en términos relativos: en 1963 la renta media de un trabajador agrícola no alcanzaba los dos tercios de la de un obrero del sector peor pagado dentro del ámbito secundario, la construcción (Pérez Díaz, 1969: 26), si a ello unimos la incapacidad de adaptación tecnológica a la nueva economía de mercado y la deficiente distribución de la propiedad agraria, tendremos que el alza de salarios agrícolas de 1955-58 y la escasez de mano de obra no fueron sino un acicate más para emprender la emigración (Pérez Díaz, 1969: 30), un proceso sin vuelta atrás que ha colaborado decisivamente en la desaparición de la sociedad rural tradicional:

[La emigración en los campos cumple una] función de provocar y acompañar una grave mutación en su estructura económica y social, y su sistema de usos y valores (...)

La emigración amenaza liquidar de manera inmediata, actual, irreprimible, la agricultura y la sociedad rural tradicional (Pérez Díaz, 1974: 40 y 52).

La ciudad existe casi físicamente en el ámbito rural mediante las visitas de los emigrados; éstos, cuando están en sus pueblos, ejercen una función de atracción hacia la ciudad complementaria con la que desempeñan los medios de comunicación, que imponen el sistema de valores urbano. Con la participación en el ritual de las fiestas patronales, el emigrado lleva la ciudad a la comunidad rural, y ésta realiza a través del mismo emigrado su propia emigración ideal, imaginaria, simbólica (Pérez Díaz, 1969: 166).

Tal vez el tratamiento más completo que se haya dado a un problema migratorio español por parte de un equipo investigador sea el realizado por José Cazorla y David D. Gregory, juntos y también por separado, pues sus estudios, numerosos y fructíferos, desde 1965 hasta los años ochenta han procurado abarcar todas las fases del proceso, desde la comunidad de origen, con sus implicaciones sociales, hasta la integración en el medio urbano de adopción e incluso prestando atención a la actuación y los problemas sufridos por los emigrantes retornados. Se puede decir, además, que la presencia de Gregory en el equipo ha dado a los trabajos comunes y, desde luego, a los que él firmó, un contenido antropológico que antes sólo se había podido percibir sobre el tema migratorio en los casos de Kenny (1960, 1966) y Caro Baroja, quien detectaba en el impulso migratorio también un deseo de huir del control social, de una autoridad

demasiado absorbente, una búsqueda, en fin, de la adopción de la categoría de hombre-masa que sólo da la ciudad (1966: 33).

Si nos ceñimos al equipo citado, sus estudios sobre Andalucía —fundamentalmente—, y también referidos a zonas más amplias, tratan de establecer una clara relación entre el proceso migratorio sufrido por numerosas comunidades de esta región y el subdesarrollo estructural de la misma (Cazorla, 1980); el atraso social y económico expulsa a las capas más desfavorecidas de la comunidad, cuyo éxodo posibilita, como ya hemos visto antes, el mantenimiento de la estructura económica:

Los patrones contemporáneos de migración externa e interna no han cambiado radicalmente las estructuras de las poblaciones agrícolas andaluzas más grandes, ni han resuelto tampoco sus persistentes problemas económicos y sociales (Gregory, 1976: 139).

Así, no es que la emigración sea la causa de las transformaciones sociales y económicas que se van operando en el campo andaluz, como quizá hubiera cabido suponer, sino que dichas mutaciones, cuando llegan, ponen de manifiesto la incapacidad absoluta de las soluciones tradicionales para resolver las nuevas situaciones que plantea la sociedad post-campesina; esta inadaptación cultural, sufrida particularmente por jornaleros y otros trabajadores con escasa formación profesional, genera la emigración (Gregory, 1978: 139), concibiéndose ésta no como causa, sino como el resultado de los cambios en el sistema. Junto a esta inadaptación, otros factores determinan el tipo de migración a emprender: si Pérez Díaz sostenía que los trabajadores agrícolas son desarraigados por el injusto sistema social en que se desenvuelven, Gregory matiza el concepto reconociendo una gradación en el mismo. Así, los que están verdaderamente desarraigados de su entorno, los más jóvenes, con cierta formación educativa y que pueden incluso tener algún oficio, emigran preferentemente hacia las regiones industriales de España, porque se hallan efectivamente enfrentados a la sociedad rural, generalmente no volverán. Por su parte, los que emigran hacia el extranjero son personas de más edad, sin oficio y de bajo nivel educativo, están más integrados en su pueblo y conciben la migración como un proceso temporal cuyo objetivo es mejorar su status en el propio pueblo, prefieren emigrar solos y regresan al cabo de un tiempo; recorren, paradójicamente, una distancia social y psicológica menor que la del emigrante interior (Gregory, 1976: 141).

Como puede verse, los primeros trabajos que demuestran un interés de la Antropología por la cuestión migratoria se deben en España a científicos extranjeros, casi siempre norteamericanos o ingleses. Son estos antropólogos formados en la tradición anglosajona, quienes ya en la

década de los setenta van a introducir en nuestro país el interés por el tema, y los españoles, a remolque de sus trabajos, comenzarán también a ocuparse de ello. Si ya vimos cómo Gregory se centraba en el campo andaluz, otros investigadores van a tratar de valorar la emigración como fenómeno social en ámbitos distintos; esto es lo que hace William Douglass con su tesis doctoral y publicaciones posteriores sobre el éxodo rural en el País Vasco, centrándose en dos aldeas en las que realizó un prolongado trabajo de campo desde mediados de los sesenta, (1971, 1973, 1977) en el que también hemos de incluir la coedición, en 1976, de *The changing faces of rural Spain*, una obra colectiva que puede considerarse como la primera publicación con una intención de integrar diversos trabajos acerca de la despoblación de los campos españoles y del cambio socioeconómico que acompañó a la misma, todo ello desde una perspectiva esencialmente antropológica. En este libro, posteriormente traducido al castellano (Douglass y Aceves, 1978), se recogen aportaciones de investigadores de los que ya nos hemos ocupado, como Pérez Díaz o Gregory, y de otros a los que nos referiremos más adelante.

Sin abandonar la referencia a la obra de Douglass, hay que decir que, al principio de manera paralela, y posteriormente de un modo más preferencial, se ha dedicado también al estudio del asentamiento de los emigrantes vascos en el continente americano, sobre todo en los Estados Unidos, pero también en Argentina (1971a, 1979, 1981). De su trabajo se desprende la existencia de fuertes lazos de parentesco y amistad que marcan las características e incluso el destino de una emigración definida por la ocupación preferente de sus protagonistas: el ganado lanar. La fama de los vascos como buenos ovejeros, a pesar de que la ganadería vernácula tiene muy poco que ver con la de las grandes haciendas del Oeste americano, les llevó casi a acaparar este negocio en grandes zonas de los Estados Unidos, comenzando como pastores y acabando muy a menudo como propietarios de rebaños, haciendo venir a otros vascos para darles trabajo e incluso para casarse, reforzando una llamativa endogamia (Douglass, 1971a: 165). Otros antropólogos extranjeros han tratado también el tema de los españoles en América en trabajos ya clásicos (Kenny, 1976, 1979) o las relaciones existentes entre la emigración y la organización social en distintas zonas de España, con especial énfasis en la estructura de propiedad de la tierra y la organización familiar (Iszaevich, 1991).

También sobre la emigración vasca hay publicado algún otro trabajo de gran interés (Brandes, 1973; Brandes y Kasdan, 1973), pero del mismo Stanley Brandes no podemos dejar de referirnos a su aportación a la publicación colectiva a que nos referíamos más arriba, en la cual el autor subraya, como ya había hecho antes (Brandes, 1975), la importancia que

la emigración tuvo en un caso particular —la aldea castellana de «Navanogal»— como fuerza motriz del proceso de transformación agrícola. A través de la emigración se produce una liberación de tierras para el cultivo que va a terminar por elevar el nivel de vida de los que permanecen, facilitando a la vez, mediante la acumulación de recursos el establecimiento en la ciudad para los nuevos migrantes:

No se debe a la casualidad el hecho de que la emigración haya florecido con una creciente prosperidad, ya que es ésta la que proporciona a los vecinos el margen extra de seguridad financiera que tantas veces requiere la instalación urbana. (Brandes, 1978: 57).

Esta corriente de investigación acerca del éxodo rural en España ha sido seguida por posteriores publicaciones debidas ya a autores españoles, que han tratado de desentrañar —por ejemplo— las distintas actitudes que ante la emigración mantiene cada una de las clases sociales. Esto es lo que vemos en dos trabajos de Isidoro Moreno centrados en la comarca de Cazalla de la Sierra; allí, todos los estratos de la sociedad coinciden en juzgar la emigración como un hecho negativo para su comunidad, por la pérdida de actividad y de *vida*, sin embargo las motivaciones para emigrar son percibidas de muy distinto modo, ya que para el jornalero se trata de algo inevitable derivado de la falta de trabajo, mientras que los pequeños propietarios sostienen que la situación del campo es muy mala, pero también atribuyen la emigración masiva al deseo de ganar más y trabajar menos; los grandes terratenientes, por fin, sólo ven en la emigración un movimiento destinado a ganar más y trabajar menos, afirmando que la despoblación perjudica sobre todo a las grandes propiedades, pues la falta de mano de obra obliga a subir los jornales (Moreno, 1978: 795). Así, mientras que estos oligarcas locales proponen, para solucionar la situación del campo andaluz, un descenso de los sueldos agrícolas, los jornaleros propugnan el reparto de las tierras que estén abandonadas o infracultivadas (Moreno, 1978a: 276).

Estudios posteriores de la emigración en otras zonas de España han ido abundando sobre la relación existente entre emigración y cambio social, a veces también con el nuevo componente del turismo como elemento introductor de innovaciones sociales (Dubisch, 1977), otras veces subrayando el carácter expulsivo de ciertos modelos migratorios, si bien se afirma que la mayoría de los emigrados manifiesta preferir la sana y tranquila vida del medio rural (Laraña, 1983: 12); también se ha prestado atención a la emigración temporal (Nieto, 1984; Rodríguez Campos, 1984) como un elemento de importancia en el mantenimiento de la economía tradicional, y se ha buscado establecer la relación existente entre emigra-

ción y otros factores, como, por ejemplo, la autoridad doméstica como elemento motor de movilidad geográfica (Gilmore, 1990: 962-963).

Si nos vamos al otro lado del proceso migratorio, abandonado el entorno rural, el emigrado llega a su destino, la sociedad urbana generalmente de predominio industrial en la que va a intentar abrirse su camino. Las dificultades económicas que acompañan el traslado y asentamiento obligan por lo general a un primer establecimiento en condiciones más o menos precarias de alojamiento y de empleo; las redes de parentesco y paisanaje, que muy posiblemente ya han empezado a funcionar antes de la emigración de modo atrayente, continúan operando en favor del recién llegado a la ciudad, tratando de facilitarle las necesidades básicas de trabajo y techo, al menos durante los primeros tiempos. La investigación en España de comunidades de inmigrantes asentados en ámbitos industriales comienza a proliferar también en los años sesenta, y, del mismo modo que sucedía cuando hablábamos del éxodo rural, la ausencia de una tradición antropológica equiparable a la que aportó la escuela anglosajona de estudios urbanos, hará que sólo aparezcan estudios antropológicos sobre inmigrados al menos un decenio después que los más interesantes trabajos sociológicos. Consideramos en este caso los estudios de comunidades de emigrados españoles, tanto dentro de nuestro país como allende nuestros límites políticos, y en este sentido hemos de volver sobre los estudios de Siguán, cuya monografía sobre los suburbios madrileños (1959) inaugura toda una corriente de investigación en Sociología acerca de las minorías de inmigrados, muy en relación con otros trabajos sobre otras minorías más o menos marginadas; sobre estos estudios de sociólogos se sustentan en gran parte las primeras introducciones de la Antropología en el ambiente urbano del inmigrado.

En esa misma línea investigadora podemos hallar interesantes trabajos también centrados en los barrios de nueva formación de Madrid, tales como el Pozo del Tío Raimundo (Castro, 1961) o Palomeras (Vázquez y López Rivas, 1966), que dibujan un penoso cuadro del suburbio, donde el desempleo o subempleo, la hacinación, la subvivienda, la ausencia de horizontes profesionales y educativos marcan la existencia de los trabajadores que intentan sacar adelante a sus familias. A pesar de todo, un alto sentido de la «moral» y una religiosidad activa parecen mantenerse intactos; acerca de la religiosidad, se aprecia un efecto del trauma moral y social que supone la emigración sobre las ideas y principios del individuo, provocando una desorientación momentánea que puede influir en sus comportamientos y hábitos, entre ellos el de la práctica religiosa, que el inmigrado tiende a amoldar a la rutina que se lleva a cabo en la comunidad de acogida (Vázquez, 1965: 170).

Partiendo de los datos de la encuesta realizada en 1964 también en Palomeras entre 700 familias de inmigrados, se pudo constatar la existencia de un inmigración netamente familiar que, a pesar de estar en permanente contacto epistolar y realizar numerosas visitas a su población de origen, no se planteaba el retorno en casi ningún caso (Jiménez y Beltrán, 1967: 308). El mismo estudio revelaba la existencia de una pauta cultural para la mujer que considera el ascenso social de la madre de familia cuando puede permitirse el abandonar su trabajo fuera de casa, mientras que para las solteras preferentemente jóvenes, la promoción social llega precisamente a través de un empleo remunerado (Jiménez y Beltrán, 1967: 317).

Junto a estas experiencias en el área de Madrid, ya por esos años se hacía patente en otras áreas españolas el problema planteado por el asentamiento de miles de inmigrantes. El proceso de desajuste social creado en la persona y en la comunidad que la recibe es más complejo y puede ser de más difícil solución cuando entra en juego el conflicto cultural, es decir, cuando el inmigrado ha de aclimatarse no sólo a su nueva situación de obrero urbano sino también a la convivencia con una cultura que no es la suya: la necesaria aculturación es algo que se desarrollará de manera lenta y que dependerá en gran parte de su propia voluntad. Especialmente el aprendizaje del idioma es un gesto que manifiesta un interés por integrarse en la cultura de adopción además de la lógica estrategia de supervivencia. Dentro de España, este proceso de choque cultural se ha registrado en zonas con una cultura vernácula en plena vitalidad distinta de la castellana, especialmente en Cataluña, País Vasco o la Comunidad Valenciana; en esas comunidades autónomas, al proceso de integración social que pasa por la marginalidad, el subempleo, el chabolismo, etc. hay que añadir la aculturación a que debía someterse el recién llegado, con el agravante del bilingüismo, que permitía al inmigrado negarse a aprender el idioma y exigir ser entendido y respondido en su propia lengua. Esto ha dificultado en gran manera el proceso de integración de los individuos de ambas culturas y aún hoy, casi cuarenta años después de la llegada de las mayores oleadas de trabajadores castellanohablantes puede decirse que, al menos en Cataluña, la sociedad se halla dividida entre nacionalistas o «catalanistas» y no nacionalistas o más bien «españolistas» (Ballester, 1990: 59; 1991: 531), si bien esta segmentación social va desapareciendo a medida que las nuevas generaciones nacidas y educadas en Cataluña van emergiendo y haciéndose mayoritarias. No obstante...

Desde la perspectiva de la sociedad receptora (Cataluña, por ejemplo), los inmigrados representan un «enemigo» para el proceso de normalización de la lengua y la cultura propias del país. Representan no sólo un lastre más para la dificultosa tarea de recuperación de la «catalanidad» del país, sino que son etique-

tados como una «quinta columna» que representa los intereses uniformizadores del Estado.

Desde la perspectiva de los colectivos inmigrados, la actitud de la sociedad receptora es vista como xenófoba y este elemento refuerza su propia identidad como «andaluces», «aragoneses» o «castellanos». Es, en este sentido, curiosa y significativa la interacción entre estos grupos de inmigrados y sus respectivas «nacionalidades» de origen (Pujadas, 1993: 33).

Si la investigación antropológica de los migrantes en España se ha centrado sobre todo en las comunidades de inmigrados en el medio urbano, geográficamente puede decirse que el área catalana es la que ha recibido una atención mayoritaria por parte de los investigadores, sin duda por representar una sociedad profundamente alterada por las inmigraciones y porque en dicha comunidad autónoma floreció uno de los primeros focos de la Antropología urbana en España, el cual con el tiempo ha dado numerosos y muy válidos estudios. No obstante, de manera previa a los primeros trabajos antropológicos sobre inmigrados en Cataluña, se realizaron algunos trabajos que cabría denominar sociológicos, aunque otros son de más problemática clasificación. En este último grupo, y contemporáneo a las investigaciones de Siguán y Vázquez en Madrid, volvemos a referirnos a Francisco —o Francesc, ya que él mismo es hijo del biculturalismo surgido de la inmigración— Candel. El libro que Candel publicó en 1964 titulado *Els altres catalans* marcó un hito en la vida de aquella nacionalidad, ya que por vez primera se divulgaba entre el gran público un trabajo que abordaba de manera explícita la separación existente entre ambas comunidades que convivían en aparente armonía, y además hizo que mucha gente se planteara un problema que hasta entonces parecía de importancia menor, pero que, como los años han demostrado, se trataba en realidad de un hecho consustancial a la Cataluña de hoy. Pese a que en el libro se subraya la separación en dos bloques de esta sociedad, la conclusión a que llega el autor atribuye esta dicotomía no al hecho diferencial catalán, no a diferencias étnicas ni culturales, sino a circunstancias sociales, ya que el inmigrado, con escasos recursos educativos, profesionales y por tanto económicos, se ve apartado por la sociedad indígena mejor dotada en todos los aspectos, y cuyos miembros nativos ocupan los lugares sociales y laborales preferentes (Candel, 1972: 240). De hecho, sostiene Candel que los inmigrados forman una sociedad aparte en la Cataluña industrial del mismo modo que la formaron en su área de origen, siendo este el «triste sino de su condición de bajo proletariado» (Candel, 1972: 241).

La herencia cultural de los inmigrados parece resentirse en el nuevo asentamiento, pues las prácticas religiosas terminan por aclimatarse a lo

usual en Cataluña, la vida comunitaria decae porque el inmigrado diseña un proyecto vital de tipo individualista en el que no cuenta con los demás y va adoptando poco a poco concepciones culturales o del sistema de valores catalán, como el deseo de tener una familia corta en número o la casi veneración por la cultura como arma contra la opresión. Veinte años después, volvió Candel sobre el tema —que nunca llegó a abandonar— y observó que la sociedad seguía en cierto modo dividida: en la Diada de 1977, la mayor manifestación que se recuerda en la historia contemporánea de Cataluña, pudieron verse codo a codo la barretina con el traje de sevillana, y en cualquier acto público de aquellos años se podía oír al público pedir la alocución «¡en castellano!», o bien «en català!». No obstante, la larga duración de la estancia va haciendo que los inmigrados se sientan integrados en la sociedad en que viven, aun a pesar de las grandes concentraciones de oriundos de determinados pueblos en zonas delimitadas de Cataluña, concentraciones que sirven para mantener vivos los lazos con la tierra que se dejó atrás:

(...) Aquel verano lo habíamos pasado en Cambrils. El chico que ayudaba al hermano de mi cuñado en el «tros», hacía cinco meses que había llegado de Don Benito (Badajoz) y, según explicaba, medio pueblo suyo estaba allí. Se habían trasladado en cuestión de poco tiempo, obedeciendo al fenómeno sociológico denominado la «llamada», en razón del reclamo llevado a cabo por cualquier paisano pionero desde la geografía que fuera, en aquel caso, Cambrils. (Candel, 1986: 112).

Con todo, no es la de Candel la primera pluma que se ocupa de la situación de los inmigrantes en Cataluña, pues ya a finales de los cincuenta y primeros años del siguiente decenio algún sociólogo se había adentrado en este mundo, e incluso se había leído una tesis doctoral (Maluquer, 1963) posteriormente resumida. Acerca de la aculturación religiosa de los inmigrados en el área catalana se publicaron también trabajos que insisten en distinguir el componente social del íntimo en las creencias religiosas del individuo: de una religiosidad proyectada hacia la comunidad y cuyo desarrollo se da siempre en función de la misma, como ocurre en el ámbito rural, se pasa a una sociedad en la que Dios no es imprescindible, pues la promoción social se puede lograr sin su ayuda, por ello la práctica religiosa se mantendrá sólo en aquellas personas que la sienten profundamente, mientras que las que la vivían de modo superficial van abandonándola por carecer la nueva sociedad del componente folklórico de las manifestaciones religiosas que centraban la vida de la comunidad de origen (Duocastella, 1966: 633).

En algún trabajo publicado por Maluquer recogiendo materiales de su tesis doctoral, se atribuye también la falta de entendimiento —cuando no el conflicto— entre autóctonos e inmigrados a la distancia social que separa a ambos grupos (Maluquer, 1966: 623), un problema que dificulta sobremanera la total asimilación del recién llegado. En este sentido, cabe señalar que Maluquer concibe el proceso de asimilación como el último paso en la integración total del foráneo en su nueva sociedad, esto ocurre cuando «los inmigrantes actúan —en todos los órdenes— como si fuesen autóctonos» (Maluquer, 1966: 616) siendo aceptados como tales por estos últimos.

Junto a estos trabajos que vamos viendo, destinados al análisis social de los inmigrados en áreas urbanas de España, hay también un cierto número de publicaciones que se han referido a una situación bien distinta: los emigrantes españoles asentados en la Europa industrial. Ya hemos visto cómo antropólogos como Gregory consideran al emigrante exterior como un arquetipo distinto del interior, más arraigado en su comunidad, más conservador y menos aventurero. Seguimos, por el orden cronológico que nos hemos marcado, sin toparnos con trabajos realizados por antropólogos, pero volvemos a descubrir interesantes datos en publicaciones de sociólogos tanto españoles como extranjeros. De Guy Hermet, que anteriormente había analizado los problemas del sur de España como fuente de emigración, prestando atención al primer paso hacia las ciudades españolas que terminan rechazando al inmigrado hacia fuera de las fronteras (Hermet, 1966), podemos consultar un interesante trabajo, por original, destinado a indagar sobre las necesidades culturales de una minoría inmigrante: los españoles en Francia. Mediante un cuestionario cerrado que combina con un uso moderado de historias de vida analiza diferentes tipos de inmigrante, siempre en función de su formación y aspiraciones culturales (Hermet, 1969). En parte tributario de este estudio, pero recogiendo más datos principalmente sobre la familia española en París, hemos podido manejar un libro de Muñoz Anatol que insiste en el carácter temporal con que es concebida la emigración al extranjero, si bien el retorno va a depender sobre todo de los hijos, verdaderos protagonistas de la emigración por quienes se toman las decisiones y a través de quienes se va a realizar la asimilación a la nueva sociedad (Muñoz Anatol, 1972: 109). Algún otro trabajo ha tratado de presentar la situación de emigrados andaluces en distintas situaciones y países, especialmente de los temporeros en Francia o los ilegales de la construcción en Alemania (Lara, 1977), siendo de interés lo que se refiere acerca de la solidaridad interna de este último grupo que llega a establecer redes de socorro mutuo en caso de accidente.

Además de estas publicaciones, hay toda una serie de libros que vieron la luz en los años setenta a consecuencia del protagonismo social que pudieron tener los emigrantes españoles en el extranjero y el interés que se suscitaba por ellos. Son trabajos a caballo entre la Sociología y el Periodismo (Canicio, 1972, 1979; Díaz Plaja, 1974; Filgueira, 1976) que no dejan de encerrar cierto interés para el antropólogo en tanto en cuanto están basados en historias de personajes reales que describen situaciones concretas.

Dejando atrás estos escritos, avanzando en el tiempo, pero sobre todo introduciendo las primeras investigaciones antropológicas sobre inmigrados en el medio urbano, nos referiremos a Claudio Esteva como el padre de la Antropología de los inmigrados en España. Sus trabajos acerca de la inmigración, la etnicidad y el biculturalismo en Cataluña se sitúan como el origen de nuevas líneas de investigación que en el área catalana han sido sumamente fructíferas.

Como era de prever, una aproximación etnográfica a los inmigrados en el área catalana, fundamentalmente en Barcelona, establece ya una matización a las afirmaciones de los sociólogos que sostenían que la raíz del antagonismo social en aquella comunidad era el rango social. Efectivamente la urbanización de inmigrados en la ciudad condal es un problema de clase, de status dentro de la estratificación social, pero también étnico (Esteva, 1973: 143); de hecho, se aprecia que en Cataluña la diferenciación fundamental no es social, sino étnica, lingüística y cultural, y sólo en la fusión étnica —a través de matrimonios mixtos— se llega a realizar la integración de una y otra parte de la comunidad (Esteva, 1974: 162).

En Barcelona, pues, el problema para el inmigrante no estriba sólo en su adaptación a la ciudad, sino que es más complejo pues requiere la convivencia con una cultura que no es la suya. Si la urbanización es un *universal* común a todas las sociedades complejas, cada ciudad es un *particular* en tanto que tiene su propia trayectoria histórica y desarrollo cultural específico. Así, en Barcelona el inmigrado sufre dos procesos de aculturación que se entrecruzan: por un lado la adaptación al universal urbano que supone pasar de un ámbito rural a una gran ciudad, y por otro —y más complejo— la integración al sistema cultural catalán en su versión urbana barcelonesa, que puede mostrarse indiferente, absorbente e incluso hostil.

Parece claro, pues, que el problema de la aculturación es mucho más delicado en este caso que en otras migraciones, puesto que en realidad lo que está en conflicto aquí son dos culturas diferentes. Las reacciones del inmigrado ante el problema pueden ser variadas, pero es muy común una confirmación de su etnicidad frente a la catalana:

En Barcelona el inmigrado (...) experimenta (...) una estimulación de su susceptibilidad étnica a causa de que la conciencia social que tiene del sistema cultural en que vive le provoca (...) ansiedades de identificación (Esteve, 1973: 142).

La adscripción étnica corresponde a una identificación voluntaria de la conciencia política de las poblaciones, en unos casos, o a la identificación de que uno es objeto, a través de signos externos de comportamiento como, en este caso, pueden serlo, principalmente, los del idioma, además de los propios de la misma voluntad de adscripción (Esteve, 1974: 138).

Así, el individuo no sólo adopta su rol en la comunidad, sino también su identificación étnica frente a la catalana. En Barcelona dicha identificación puede ser además de status social, ambos factores pueden ir unidos, lo que no impide que, especialmente la primera generación, pueda adaptarse sin mayores problemas al hecho urbano, pero resistirse a la aculturación catalana, refugiándose en su propia etnicidad y cultura sobre todo si percibe una actitud absorbente por parte de la vernácula (Esteve, 1978: 61). De hecho, ya que se trata de conceptos que van muy unidos, cabe decir incluso que esa primera generación de inmigrantes sólo se acercará a la integración en la cultura catalana si este proceso se ve acompañado por un ascenso social; esta movilidad no es frecuente en la primera generación, aunque la segunda tiene más probabilidades de experimentarla, de ahí también el que su integración sea más sencilla. En estos casos, los hijos de los inmigrantes tienden a reproducir aquellos aspectos del folklore paterno que no interrumpen su proceso de integración al hecho cultural catalán, por ello es más frecuente que la total aculturación se produzca a lo largo de esa segunda generación (Esteve, 1973: 181) o incluso en la tercera.

En general, existen dos niveles de experiencia en los que se manifiesta la etnicidad del inmigrado:

a) Como una afirmación individual, políticamente orientada pero no proyectada por medios organizados colectivamente.

b) Como afirmación colectiva, fruto de la asociación de individuos y grupos en una acción concertada y dirigida (Esteve, 1975: 24-25).

En el caso de Barcelona parece predominante la primera de las posibilidades, la afirmación individual, no organizada ni dirigida; ésta se manifiesta en la existencia de barrios de inmigrantes con una acentuada endogamia (Esteve, 1974: 152) en los que los catalanes son minoría y en manifestaciones del folklore traídas del lugar de origen (música y danza, gastronomía, expresiones religiosas) que contribuyen al mantenimiento de la cohesión social y a la identificación con la cultura propia frente a la catalana (Esteve, 1973: 173). Sin embargo, la interrupción de los lazos con

la fuente cultural de origen, y también la llegada de las nuevas generaciones, van restando continuidad a las etnicidades no catalanas (Esteva, 1978: 60), y la desaparición de estas demostraciones culturales significa la total aculturación a lo catalán.

Junto a estas aportaciones que vamos viendo, otros estudios sociológicos han coincidido con Esteva al señalar que, en Cataluña, el inmigrado es considerado *extranjero*, portador de defectos, que no necesita solidaridad. Así, si colocamos el fenómeno de la inmigración en el contexto político, ideológico y nacional catalán, tendremos la oposición de los conceptos *catalán-no catalán* como una parte más de un antagonismo general que comprende también las ideas *campo-ciudad* o *trabajador no cualificado-trabajador cualificado* (Cardelus y Pascual, 1982). La inmigración se presenta, en realidad, como un fenómeno inherente al proceso de acumulación de capital que acompaña al sistema capitalista, y, a pesar de conllevar una aparente mejora del status social del emigrante, lo cierto es que éste casi nunca logra salir de su status de trabajador asalariado de la sociedad capitalista. De hecho, el primer asentamiento en la ciudad puede acarrear pérdidas objetivas en la calidad de vida respecto de la que se disfrutaba en la población de origen, al tener que ocupar infraviviendas en zonas depauperadas a la espera de poder acceder a una vivienda propia (Cardelus y Pascual, 1979: 234). La total seguridad de la familia vendrá dada por un puesto de trabajo y, sobre todo, por la posesión de un piso, símbolo además de la instalación e integración a un nuevo sistema de vida, la urbana (Cardelus y Pascual, 1979: 236); se puede decir, por consiguiente que las personas se vinculan a un espacio determinado sobre todo en función de las relaciones sociales establecidas en él, esto es, de los intereses que allí radican.

En Madrid —ya se ha dicho— la inmigración interior revistió características diferentes de las que tuvo el mismo fenómeno en áreas con culturas diferenciadas de la castellana. Aquí el problema era menos complejo por cuanto los que llegaban habían de hacer frente a la adaptación a un sistema urbano pero dentro, o muy cercano, de su propio universo cultural. Tal aculturación ha revestido sobre todo problemas de marginación social, de chabolismo y de inadaptación que han sido un perfecto caldo de cultivo para el conflicto y para la crispación, tal como sucede en cualquier gran ciudad que esté dotada de los enormes contrastes que sufre Madrid. Precisamente en uno de los barrios marginales de esta metrópoli se ha escrito la hasta ahora más completa monografía sobre inmigrados, se trata del Pozo del Tío Raimundo. En éste paraje se asentaron desde finales de los cincuenta y siguientes décadas miles de personas llegadas de Andalucía, la Mancha o Extremadura en busca de trabajo y vivienda.

Llegaban con lo puesto, levantaban su propia chabola en una noche y se traían a la familia del pueblo. Se trata de reproducir, en la chabola, la imagen de la casa que tenían o siempre quisieron tener en el pueblo (Molina, 1984: 25), con su patio y corral, se procura por encima de todo mantener una exquisita limpieza que llama aún más la atención si se tiene en cuenta las condiciones de espacio, falta de agua corriente, materiales de la construcción, etc.

Los factores de la identidad de este nuevo barrio, como los de otros de Madrid, son clasificados por Molina en dos grupos: externos e internos. Dentro del primero se engloba la identidad que le es otorgada al barrio desde fuera, facilitada por el aislamiento en que se halla respecto de Madrid, separado de ella por descampado y, a la vez, comprimido entre dos líneas férreas; entre los factores internos se citan características que son objetivas y objetivables, como el origen social y geográfico homogéneo, un nivel económico similar, etc. Frente al aislamiento, el barrio responde con una fuerte cohesión interna, tratando de satisfacer todas las operaciones necesarias para la supervivencia dentro de sus confines geográficos; esto confiere al grupo la categoría de comunidad con entidad propia y límites bien definidos (Molina, 1984: 80), de ahí que proliferen oficios tradicionales (vendedores ambulantes, teleros, afiladores...) que, sin embargo, son rechazados por las nuevas generaciones.

Aún los setenta han sido años en que los españoles han seguido emigrando hacia Europa Occidental, o al menos una gran cantidad de ellos ha permanecido allí por vocación o por obligación. Antropólogos como los Buechler (Buechler, 1976; Buechler y Buechler, 1975, 1981, 1987) se han ocupado de investigar a las comunidades de gallegos afincados en Suiza, indagando sobre la relación existente entre la identidad étnica y las redes de parentesco y paisanaje. Sus conclusiones atribuyen un papel utilitario a esa identificación étnica de que hablaba Esteva como expresión cultural frente a un entorno absorbente. Aquí, en el caso de los gallegos que viven en el país alpino, parece desempeñar un papel de nexo entre los componentes de la comunidad y como respuesta a los problemas que la emigración plantea a la hora de establecer relación con los autóctonos, reduciendo —mediante el uso continuado de las redes relacionales adecuadas— la necesidad de integrarse en la comunidad de adopción:

La continuidad de lazos interpersonales que los migrantes mantienen entre sí y con individuos en su lugar de origen, puede ser más importante para explicar la identificación étnica que la continuidad en tradición cultural (idioma, vestido, ...) «per se» (Buechler y Buechler, 1975: 17).

Nos parece que la identidad étnica es un mecanismo expresivo que emplea ciertas continuidades culturales como símbolos para poner en comunicación ciertos

lazos sociales de amplia base (...) la etnicidad es simplemente una forma de expresión particularmente apropiada para una red de regularidades que ha persistido a través de largos períodos de tiempo (Buechler y Buechler, 1975: 28).

Volviendo al trabajo destinado a los inmigrantes en España, dentro de los cuales tampoco se ha descuidado el tema de la identidad étnica, puede decirse que la de los ochenta ha sido la década del auge de la Antropología urbana en nuestro país. Razones de índole práctica impulsan a muchos jóvenes profesionales de la Antropología al trabajo en su entorno inmediato, que suele ser urbano, y al abrigo de esta corriente han surgido estudios de grupos de inmigrados. En Cataluña, de nuevo, se han consolidado las investigaciones sobre el tema mediante la labor de un nutrido grupo de cualificados profesionales.

En los estudios más recientes se ha prestado asimismo una especial atención a las innovaciones metodológicas, tratando de hallar las mejores herramientas para la aproximación a un tema complejo y que rara vez se ha tratado de la manera más adecuada. En una publicación catalana, centrada en el barrio de inmigrantes de Can Serra (Hospitalet), son los propios inmigrados quienes se constituyen en sujeto y objeto de la investigación por medio de un debate público en el que van exponiendo sus experiencias (Botey, 1981). A partir de 1984 un amplio proyecto del Instituto Catalán de Antropología cristalizará en diversas publicaciones que ya han sido recogidas en otro lugar (Pujadas, 1991: 58-59) y a las que, por ello, nos referiremos rápidamente. Sobre la periferia de la ciudad de Tarragona se ha trabajado mucho y los resultados aparecen en distintas publicaciones, bien indagando en el proceso de formación de ciertos barrios, bien valorando las redes de parentesco como elemento de cohesión social y de asistencia laboral o de alojamiento (Comas, Grioles y Soronellas, 1990). La gran obra de este grupo es el análisis sobre los distintos barrios de la periferia tarraconense (Pujadas y Bardají, 1987) que recorre todo el proceso de crecimiento urbano en su relación con la industrialización, así como los elementos de participación social y movilización política a través de partidos, sindicatos y, sobre todo, asociaciones vecinales. Aún reseñaremos el trabajo sobre Cornellá (Barruti, 1990) que se refiere al enorme crecimiento de esta ciudad y la manera en que éste es asimilado tanto por autóctonos como por inmigrados, así como las interesantes aportaciones de Emma Martín Díaz para el conocimiento de las asociaciones andaluzas en Cataluña y el papel que desempeñan en el mantenimiento de la etnicidad de esos emigrados (1990, 1991). Como instrumento muy válido para la investigación es necesario también recordar aquí la publicación de Pujadas (1984) sobre las investigaciones referentes a la etnicidad y los procesos migratorios.

Nuevos trabajos han ido viendo la luz en los últimos años, algunos en Cataluña o el País Vasco, haciendo referencia a la problemática derivada de la inmigración en su relación con el fenómeno urbano y el nacionalismo (Fernández Martorell, 1988; Conversi, 1986, 1988, 1993), otros sobre el área madrileña (Valadés, 1992, 1993), y tampoco han faltado aportaciones desde un plano teórico, que tratan de llamar la atención sobre el proceso de desorganización cultural —y posterior reorganización simbólica— que acompaña a toda migración. No se trata de negar el impacto social de las migraciones, sino de enfatizar el componente cultural, que junto al proceso social, entraña la movilidad de población (Olmo y Quijada, 1992).

Los últimos años han sido, en España, los del cambio en las preferencias de los investigadores. El hecho inmigratorio interior ha tomado, con los años, otro carácter; ya no se trata de estudiar los asentamientos marginales o las redes de ayuda para el establecimiento, sino que, en nuestra opinión, es necesario profundizar sobre la visión que el inmigrado tiene, veinte años después de haber emprendido su aventura, de su propia experiencia, la manera en que percibe su situación y sus relaciones sociales con la ciudad en que vive y con la comunidad que dejó, tratando de establecer si existe una identificación prioritaria con una de ellas o si, por el contrario, se ha establecido una doble estrategia de identificación con ambas sociedades con el objetivo de eludir la marginación en los dos ámbitos. Hoy día, sin embargo, las líneas de investigación parecen dirigirse preferentemente hacia las comunidades de inmigrantes extranjeros que se van haciendo cada vez más numerosas por toda la geografía española. Ya nos hemos referido más arriba a este cambio en los movimientos demográficos en España, nuestro país ha dejado de depositar población fuera de nuestras fronteras e incluso ha dejado de experimentar los masivos movimientos poblacionales internos que fueron comunes en los últimos cuarenta años para comenzar a recibir contingentes de extranjeros, iberoamericanos como venía siendo frecuente, pero también asiáticos y africanos, dando a nuestras sociedades, urbanas y rurales un nuevo aspecto e introduciendo en ellas un nuevo elemento que en no pocas ocasiones provocará conflictos. El hecho de que en Extremadura, una región tradicionalmente emigratoria, y de las que más, la propia Consejería de Bienestar Social haya convocado becas de investigación y mesas redondas acerca de la problemática de la inmigración de extranjeros ya es suficientemente indicativo sobre la magnitud del proceso incluso en áreas rurales de economía deprimida.

Sobre la inmigración de extranjeros existen trabajos, como el de Prada, al que nos referimos más arriba, que realmente abordan el problema desde

ópticas cuantitativas que no son, desde luego, las que más nos interesan a nosotros, pero esto es algo bastante frecuente (Beltrán, 1991). Sin embargo existe ya una serie de interesantes publicaciones sobre la situación de inmigrados y refugiados en nuestro país que van a ser de interés para el antropólogo, bien sobre suramericanos (Olmo, 1985; y trabajos posteriores de la misma autora; Pérez Herrero, 1988), bien sobre africanos (Losada, 1989; Provansal, 1989, 1991) o bien tratando el tema desde un punto de vista más general, en el que se engloban tanto la situación de los inmigrados como la visión de los españoles sobre el problema y las actitudes subsiguientes que son adoptadas (Calvo, 1989, 1990, 1991; Solé, 1989; Pereda, 1991; Gutiérrez Azopardo, 1991, además de otros trabajos en curso como el que financia la Consejería de Asuntos Sociales de la Comunidad de Madrid).

Aún hemos de referirnos al retorno de los emigrantes, es ésta un ansia que nunca llega, la mayoría manifiesta su deseo de regresar al país de origen, pero diversos factores van retrasando una vuelta que en una gran parte de las veces no se producirá nunca. No obstante hay ocasiones en que sí se dan las condiciones idóneas y el retorno llega a concretarse, esto suele ocurrir de manera preferente cuando se trata de emigrantes fuera de su país, cuando las diferencias culturales son considerables entre la comunidad emisora y la receptora.

En ocasiones, el retorno no va acompañado de una reintegración fácil en la comunidad que se abandonó: los hábitos adquiridos y las pautas culturales asimiladas en el área urbana o en la sociedad extranjera van a entrar en conflicto con el sistema de valores campesino. El conflicto puede aparecer en cualquier momento y dificultar la normal interacción del retornado en su comunidad (Pascual, 1970; Kenny, 1972). A menudo el emigrante se convierte en un re-inmigrado en tanto que la adaptación a su cultura de origen resulta tan difícil como si se tratara de una nueva emigración, pudiendo llegar a ser un extraño para los autóctonos (Gregory, 1975, 1977).

Se ha especulado sobre el papel de los retornados en su comunidad de origen, atribuyéndoles un papel modernizador y económicamente activo. Si bien puede ser cierto que la presencia de emigrantes retornados es susceptible de introducir modificaciones puntuales en determinados aspectos de la vida comunitaria, nuevas costumbres o conceptos, no es menos cierto que numerosos trabajos de campo han subrayado el escaso beneficio financiero y económico que la comunidad obtiene con el retorno de sus miembros, ya que éstos invierten casi invariablemente sus ahorros en bienes no productivos, tales como la vivienda, vehículos o pequeños negocios llevados directamente por el propietario, que no proporcionan

empleo (Rhoades, 1978, 1979; Cazorla, 1980a; Gregory, 1981). Al margen de este pobre balance para la comunidad, es incluso posible que el regreso provoque una nueva migración ya que el bienestar del retornado puede actuar como escaparate para el campesino que aspira a mejorar (Castillo, 1980; Leib y Mertins, 1981), ya que las inversiones del que vuelve se dirigen, como decimos, a bienes preferentemente de tipo suntuario. En ciertas comunidades atrasadas, como Las Hurdes, la extrema pobreza de antaño ha otorgado a determinados bienes materiales, como una buena vivienda o la tierra, el rango de objetos simbólicos, y ello ha potenciado la actitud inversora del emigrante retornado, que gasta sus ahorros en mejorar su casa y adquirir pequeñas extensiones de tierra para su trabajo personal (Luque, 1989).

Echamos, sin embargo, en falta la existencia de trabajos que dediquen una mayor atención a la interacción que —no cabe duda— existe entre la comunidad emisora y la receptora. El hecho de que en apartados pueblos andaluces o extremeños se conozca a la perfección la topografía de poblaciones industriales de Madrid o Barcelona, o el que miles de personas se asocien a casas u hogares regionales en las ciudades españolas y del extranjero está revelando una continua relación de toma y daca entre ambos mundos. Es obvio que los emigrados no rompen totalmente con su comunidad o su pueblo, sino que se mantienen lazos más o menos fuertes, más o menos duraderos que en pocas ocasiones han sido investigados adecuadamente. Es necesario indagar sobre la percepción que del emigrado se tiene en su pueblo de origen, sobre el papel que éste desempeña en sus estancias en el mismo, su participación en la vida comunitaria durante esos días de vacaciones, la integración de ambas comunidades, la de emigrantes y la de los que viven todo el año en el pueblo, etc. La profundización en esta línea de estudio aún puede dar valiosos frutos para la investigación antropológica del campo español que no debemos desaprovechar.

JUAN MANUEL VALADÉS SIERRA
Museo Nacional de Antropología, Madrid

BIBLIOGRAFÍA

- ABU-LUGHOD, JANET, 1961: «Migrant adjustment to city life: the Egyptian case», *American Journal of Sociology*, 47, 22-32.
- BALAN, JORGE; BROWNING, HARLEY L.; JELIN, ELIZABETH y LITZLER, LEE, 1974: «El uso de historias vitales en encuestas y sus análisis mediante computadoras», en J. BALAN (ed.), *Las historias de vida en Ciencias Sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 67-85.
- BALLESTER FIGUERAS, BALTASAR C., 1990: «Las bases sociales del neonacionalismo catalán», en J. CUCÓ y J. J. PUJADAS (coords.), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la Península Ibérica*, Valencia: Generalitat Valenciana, 55-72.
- 1991: «Identidad étnica, faccionalismo y nacionalismo en un pueblo de la Cataluña meridional», en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 527-537.
- BARNES, J. A., 1954: «Class and Committees in a Norwegian Island Parish», *Human Relations*, 7, 39-58.
- BARRUTI, MILA, 1990: «El proceso inmigratorio y la identidad étnica en un municipio del área metropolitana de Barcelona», en J. CUCÓ y J. J. PUJADAS (coords.), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la Península Ibérica*, Valencia: Generalitat Valenciana, 86-99.
- BASABÉ PRADO, JOSÉ MARÍA, 1966: «Efectos del ambiente suburbial sobre el biotipo del inmigrante», *Estudios Geográficos*, XXVII, 105, 579-605.
- BELTRÁN ANTOLÍN, JOAQUÍN, 1991: «Los chinos en Madrid. Aproximación a partir de datos oficiales e hipótesis para una investigación», en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 295-304.
- BOAS, FRANZ, 1940: «Changes in bodily form of descendants of immigrants», en *Race, language and culture*, Nueva York: MacMillan Company, 60-130.
- BOURDIEU, P., 1962: «Célibat et condition paysanne», *Etudes Rurales*, 516, 32-135.
- BOTEY, JAUME, 1981: *Cinquanta-quatre relats d'immigració*, Barcelona: Serveis de Cultura Popular.
- BOYD-BOWMAN, PETER, 1976: «Patterns of Spanish emigration to the Indies until 1600», *Hispanic American Historical Review*, 56, 4.
- 1988: «La emigración extremeña a América en el siglo XVI», *Revista de Estudios Extremeños*, XLIV, III, 601-621.
- BRANDES, STANLEY, 1973: «On basque migration», *American Anthropologist*, 75 (I), 299-300.
- 1975: *Migration, kinship and community: tradition and transition in a Spanish village*, Nueva York y Londres: Academic Press.
- 1978: «El impacto de la emigración en una aldea de los Montes de Castilla», en W. A. DOUGLASS y J. ACEVES (ed.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*, Barcelona: Barral, 33-58.
- y KASDAN, L., 1973: «Basque migration again», *American Anthropologist*, 75 (I), 302-304.
- BRETTELLE, CAROLINE B., 1985: «Male migrants and unwed mothers: illegitimacy in a Northwestern portuguese parish», *Anthropology*, 9, 87-110.
- y CALLIER-BOISVERT, C., 1977: «Portuguese immigrants in France: familial and social networks and the structuring of community», *Studi emigrazione*, 56, 149-203.

- BRIDON, LYNNE, 1987: «Who moves? Women and migration in West Africa in the 1980s», en J. Eades (ed.), *Migrants, workers and the social order*, ASA Monographs, 26, Londres: Tavistock, 165-180.
- BUECHLER, JUDITH-MARIA, 1976: «Something funny happened on the Way of the Agora: a comparison of the Bolivian and Spanish Galician female migrants», *Anthropological Quarterly*, 49, 62-67.
- BUECHLER, HANS C. y BUECHLER, JUDITH-MARIA, 1975: «Los Suizos: Galician migration to Switzerland», en H. I. SAFA y B. DU TOIT (eds.), *Migration and development. Implications for ethnic identity and political conflict*, La Haya: Mouton, 17-29.
- 1981: *Carmen: the autobiography of a Spanish Galician woman*, Cambridge: Schenkman.
- 1987: *Migrants in Europe: The role of family labor and politics*, Westport: Greenwood Press.
- CALVO BUEZAS, TOMÁS, 1989: «Actitudes y prejuicios de los españoles ante los refugiados y ante los extranjeros», en M. A. ROQUE (ed), *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 259-270.
- 1990: *¿España racista? Voces payas sobre los gitanos*, Barcelona: Anthropos.
- 1991: «La imagen de los gitanos en los profesores y alumnos madrileños: un estudio de la sociedad mayoritaria», en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 305-313.
- CAMPO, SALUSTIANO DEL y NAVARRO LÓPEZ, MANUEL, 1987: *Nuevo análisis de la población española*, Barcelona: Ariel.
- CANDEL, FRANCISCO, 1972: *Los otros catalanes*, Barcelona (4.ª ed.) [1964].
- 1972a: *Inmigrantes y trabajadores*, Barcelona.
- 1986: *Los otros catalanes veinte años después*, Barcelona: Plaza y Janés.
- CANICIO, VÍCTOR, 1972: *¡Contamos contigo! (Crónicas de la emigración)*, Barcelona.
- 1979: *Vida de un emigrante español. El testimonio auténtico de un obrero que emigró a Alemania*, Barcelona: Gedisa.
- CARDALLIAGUET QUIRANT, MARCELINO, 1978: «Estimación de los factores de la emigración extremeña en el siglo XVI», *Revista de Estudios Extremeños*, XXXIV, III, 541-565.
- CARDELUS, JORDI y PASCUAL, ANGELS, 1979: *Movimientos migratorios y organización social*, Barcelona: Península.
- 1982: «Processes of migration and integration in Catalonia», en *Migrant workers in metropolitan cities*, Contributions to the 1st. Workshop in Birmingham (1980), Estrasburgo, 19-25.
- CARO BAROJA, JULIO, 1966: «La despoblación de los campos», *Revista de Occidente*, 40, 19-36.
- 1991: *Los fundamentos del pensamiento antropológico moderno*, Madrid: C.S.I.C. (2.ª ed.).
- CASTILLO, J., 1980: *La emigración española en la encrucijada. Estudio empírico de la emigración de retorno*, Madrid: C.I.S.
- CASTRO, CONSTANCIO DE, 1961: «El Pozo del Tío Raimundo», *Estudios Geográficos*, 83-84.
- CAZORLA PÉREZ, JOSÉ, 1965: *Factores de la estructura económica de Andalucía*, Granada: Caja de Ahorros de Granada.
- 1980: *Andalucía: emigración y subdesarrollo. El contexto socio-político de un fenómeno actual*, Jaén.
- 1980a: «Mentalidad modernizante, trabajo y comercio en los retornados andaluces», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 11.

- COING, HENRI, 1966: *Renovation urbaine et changement social*, París: Ed. Ouvrieres.
- COMAS D'ARGEMIR, D.; GRIOLÉS, P. y SORONELLAS, M., 1990: «Emigración, etnicidad y redes de parentesco en un barrio de Tarragona», en J. CUCÓ y J. J. PUJADAS (coords.), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la Península Ibérica*, Valencia: Generalitat Valenciana, 107-129.
- CONVERSI, DANIELE, 1986: «Valori centrali e immigrazione in Catalogna», en VV.AA., *La formazione dell'insegnante di lingue in contesto bilingue*, Proceedings of the Congress of Perugia, Roma: Ed. LIS/Università «La Sapienza», 289-304.
- 1988: «L'integrazione degli immigrati a Barcellona», *Studi Emigrazione / Etudes Migrations*, 89, 67-82.
- 1993: «How culture can influence political choices: the consequences of language maintenance for Basque and Catalan nationalism», *History of European Ideas*, XVI, 1-3, 189-200.
- CHIVANI, G., 1974: «Influenza delle nuove forme urbane sulla psicologia dell'emigrante», *Studi emigrazione*, 33, 135-145.
- DENICH, BETTE S., 1970: «Migration and network manipulation in Yugoslavia», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 133-145.
- DÍAZ PLAJA, G., 1974: *La condición emigrante. Los trabajadores españoles en Europa*, Madrid: Ed. Cuadernos para el Diálogo.
- DOLLOT, LOUIS, 1971: *Las migraciones humanas*, Barcelona: Oikos-Tau.
- DOUGLASS, WILLIAM ANTHONY, 1970: «Peasant emigrants: reactors or actors?», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 21-35.
- 1971: «Rural exodus in two Spanish Basque villages: a cultural explanation», *American Anthropologist*, 73, 1100-1114.
- 1971a: «Los vascos del Oeste americano: perspectiva histórica preliminar», *Boletín del Instituto Americano de Estudios Vascos*, XXII, 86, 103-110; 87, 162-169.
- 1973: *Muerte en Murélaga*, Barcelona: Barral (Ed. original Washington, 1969).
- 1977: *Echalar y Murélaga: oportunidad y éxodo rural en dos aldeas vascas*, San Sebastián.
- 1979: «Basque immigrants: contrasting patterns of adaptation in Argentina and the American West», en HINSHAW (ed.), *Currents in Anthropology: essays in honor of Sol Tax*, Nueva York: Mouton, 287-303.
- 1981: *Basques in America*, Gale Ethnic Studies, VI, Detroit: Gale Research Company.
- 1988: «The Basque stem family household: myth or reality?», *Journal of Family History*, 13 (1), 75-90.
- 1992: «Basques in the American West», en A. G. NOBLE (ed.), *To build in a New Land. Ethnic landscapes in North America*, Baltimore & London: The John Hopkins University Press, 379-395.
- y ACEVES, JOSEPH B. (eds.), 1978: *Los aspectos cambiantes de la España rural*, Barcelona: Barral (Ed. original, Nueva York, 1976).
- DUBISCH, JILL, 1977: «Modernization in rural Spain: emigration, tourism, and changing values», *Peasant Studies*, 6, 147-149.
- DUOCASTELLA, ROGELIO, 1957: «Problèmes d'adaptation dans le cas des migrations intérieures, un exemple en Espagne», *Population*, 12 (1), 115-128.
- 1966: «Fenómenos de aculturación religiosa de la inmigración en Cataluña», *Estudios Geográficos*, XXVII, 105, 625-639.
- EADES, JEREMY (ed.), 1987: *Migrants, workers and the social order*, ASA Monographs, 26, Londres: Tavistock.

- EDWARDS, A. W. F., 1963: «Migrational selection», *Heredity*, 18, 101-106.
- EPSTEIN, A., 1958: *Politics in an urban african community*, Manchester: Manchester University Press.
- 1961: «Network and urban social organization», *Rhodes-Livingstone Journal*, 29, 21.
- ESSER, HARTMUT, 1982: «Length of stay and assimilation of migrant workers: an empirical study», en *Migrant workers in metropolitan cities*, Contributions to the 1st. Workshop in Birmingham (1980), Estrasburgo, 27-53.
- ESTEVA FABREGAT, CLAUDIO, 1973: «Aculturación y urbanización de inmigrados en Barcelona ¿cuestión de etnia o cuestión de clase?», *Ethnica*, 5, 135-189.
- 1973a: «Inmigración, etnicidad y relaciones étnicas en Barcelona», *Ethnica*, 6, 71-130.
- 1974: «Inmigración y confirmación étnica en Barcelona», en *In memoriam António Jorge Dias*, II, Lisboa, 135-162.
- 1974a: «Aculturación lingüística de inmigrados en Barcelona», *Ethnica*, 8, 71-121.
- 1975: «Ethnicity, social class and acculturation of immigrants in Barcelona», *Ethnologia Europaea*, VIII, 1, 23-43.
- 1975a: «Les relations interètniques. El cas de Barcelona», *Perspectiva social*, 5, 41-68.
- 1978: «Immigració i confirmació ètnica a Barcelona», *Quaderns d'Alliberament*, 2/3, 47-90.
- 1984: *Estado, etnicidad y biculturalismo*, Barcelona: Península.
- ESTÉBANEZ ÁLVAREZ, JOSÉ y PUYOL ANTOLÍN, RAFAEL, 1973: «Los movimientos migratorios españoles durante el decenio 1961-1970», *Geographica*, XV (2), 105-142.
- FAIRCHILD, HENRY PRATT, 1925: *Immigration: a world movement and its American signifiance*, Nueva York.
- FERNÁNDEZ MARTORELL, M. (ed.), 1988: *Leer la ciudad. Ensayos de Antropología urbana*, Barcelona.
- FILGUEIRA, J. B., 1976: *Los emigrantes*, Barcelona: Plaza y Janés.
- FISHER, R. A., 1930: *The Genetical Theory of natural selection*, Oxford: Clarendon Press.
- FRIEDL, ERNESTINE, 1959: «The role of kinship in the transmission of national culture to rural villages in Mainland Greece», *American Anthropologist*, 61, 30-38.
- GADE, OLE, 1970: «Geographic research and human spatial interaction theory: a review of pertinent studies in migration», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 72-93.
- GALVÁN TUDELA, ALBERTO, 1981: «Canarias: emigración, geopolítica y etnicidad», *Documentación social*, 45, 181-197.
- GÁMIZ LÓPEZ, ANTONIO, 1973: «La emigración en la región extremeña», en *I Seminario «Bravo Murillo» sobre desarrollo regional*, Badajoz, s.p.
- GARCÍA BARBANCHO, ALFONSO, 1967: *Las migraciones interiores españolas. Estudio cuantitativo desde 1900*, Madrid: Instituto de Desarrollo Económico.
- 1975: *Las migraciones interiores españolas en 1961-70*, Madrid: Instituto de Estudios Económicos.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, JESÚS, 1965: *La emigración exterior de España*, Barcelona: Ariel.
- GEORGE, P., 1970: «Types of migration of the population according to the professional and social composition of migrants», en C. J. JANSEN (ed.), *Readings in the Sociology of migration*, Oxford, 39-47.
- GILMORE, DAVID D., 1990: «Men and women in Southern Spain: domestic power revisited», *American Anthropologist*, 92, 953-970.
- GINER, SALVADOR y SALCEDO, JUAN, 1976: «Un vacío teórico: la explicación causal de la migración», *Agricultura y Sociedad*, 1, 113-126.

- GONZÁLEZ, NANCIE L. SOLIEN, 1961: «Family organization in five types of migratory wage labor», *American Anthropologist*, 63, 1264-1280.
- GREGORY, DAVID D., 1975: «Extraños en su propia tierra: el retorno», *Información Comercial Española*, 503, 102-109.
- 1976: «El éxodo rural y la perpetuación en Andalucía», *Ethnica*, 11, 135-148.
- 1977: «The migrants. Europe's bitter legions head home», *Christian Sciences Monitor*, 69, 106-111.
- 1978: «Migración y cambio demográfico en Andalucía», en W. A. DOUGLASS y J. ACEVES (ed.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*, Barcelona: Barral, 139-171.
- 1978a: *La Odisea andaluza: una emigración intereuropea*, Madrid: Tecnos.
- 1981: «Algunas observaciones sobre el papel de los retornados en Andalucía», en J. CAZORLA (ed.) *Emigración y retorno: una perspectiva europea*, Madrid: Instituto Español de Emigración, 179-184.
- y CAZORLA PÉREZ, JOSÉ, 1976: «Soluciones positivas de los problemas económicos y sociales de la migración», *Revista de Instituciones Europeas*, III, 1, 7-28.
- 1983: «Intra-european migration and regional development: Spain and Portugal», en ROGERS (ed.), *Temporary labor migration in Europe*, Cambridge: Mit Press.
- GUTIÉRREZ AZOPARDO, ILDEFONSO, 1991: «Otras culturas y otros modos de vida: los refugiados políticos en Madrid», en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II. Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 275-294.
- GUTKIND, PETER, 1965: «African urbanism, mobility and social network», *International Journal of Comparative Sociology*.
- HADDON, A. C., 1912: *The wanderings of peoples*, Cambridge: Cambridge University Press.
- HERMET, GUY, 1966: *Problemas del sur de España*, Madrid: Edit. 24 (Edición original, París, 1965)
- 1969: *Los españoles en Francia. Inmigración y cultura*, Madrid: Guadiana de Publicaciones.
- HIGUERAS ARNAL, A., 1967: *La emigración interior en España*, Madrid: Eds. Mundo del Trabajo.
- HOLLOS, MARIDA, 1991: «Migration, education, and the status of women in Southern Nigeria», *American Anthropologist*, 93, 852-870.
- INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA, 1974: *Las migraciones interiores en España. Decenio 1961-1970*, Madrid: I.N.E.
- 1978: *Migraciones interiores en España. Quinquenio 1971-1975*, Madrid: I.N.E.
- 1984: *Encuesta de migraciones interiores, años 1980, 1981 y 1982*, Madrid: I.N.E.
- 1988: *Migraciones. Año 1985*, Madrid: I.N.E.
- ISZAEVICH, ABRAHAM, 1991: «Emigrantes, solteronas y curas: la dinámica de la demografía en las sociedades campesinas españolas», en JOAN PRAT y otros (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid: Taurus Universitaria, 280-293 [1975].
- JIMÉNEZ BLANCO, JOSÉ y BELTRÁN VILLALVA, MIGUEL, 1967: «Estructura de la familia emigrante. (Encuesta de Palomeras)», en *La Familia española*, Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 295-318.
- KANT, K., 1953: «Classification and problems of migration», en P. L. WAGNER y M. W. MIKESELL (ed.), *Readings in cultural Geography*, Chicago, 342-354.
- KASDAN, LEONARD, 1970: «Introduction», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 1-6.

- KEMPTON, R. A., 1971: «Differences in genetic composition between populations experiencing selective migration», *Annals of Human Genetic*, 35, 25-33.
- KENNY, MICHAEL, 1960: «Patterns of patronage in Spain», *Anthropological Quarterly*, 33.
- 1966: *A Spanish tapestry*, Nueva York: Harper & Row [1961].
- 1972 «The return of the Spanish emigrant», *Nord Nytt*, 2.
- 1976 «Twentieth Century Spanish expatriate. Ties with the Homeland: remigration and its consequences», en W. A. DOUGLASS y J. B. ACEVES (ed.), *The changing faces or rural Spain*, Nueva York: Schenkman (Hay edición castellana, 1978, Barcelona: Barral).
- 1979: *Emigrantes y refugiados españoles en México (siglo XX)*, México: Eds. de la Casa Chata.
- KOSINSKI, LESZEK A. y PROTHERO, R. MANSELL, 1975: «Introduction: the study of migration», en L. A. KOSINSKI y R. M. PROTHERO (eds.), *People on the move. Studies on internal migration*, Londres: Methuen & Co. Ltd., 1-17.
- LANGNESS, L. L., 1974: «Usos potenciales de la historia de vida en Antropología», en J. BALAN (ed.), *Las historias de vida en Ciencias Sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 153-172.
- LARA SÁNCHEZ, FRANCISCO, 1977: *La emigración andaluza. Análisis y testimonios*, Madrid: Ed. de la Torre.
- LARAÑA RODRÍGUEZ-CABELLO, ENRIQUE, 1983: «La emigración en comunidades rurales atrasadas. Estudio de tres comarcas españolas (Las Hurdes, Serranía de Ronda, Condado del Miño)», *Alcaveras*, 3, 2-13.
- LEGUINA, J.; MONREAL, J. y RASPADO, R., 1976: «Las migraciones interiores en España, 1961-1970», *De Economía*, 29, 138, 353-392.
- LEIB, JÜRGEN y MERTINS, GÜNTER, 1981: «Repercusiones de la emigración y retorno de los trabajadores en la estructura de la población, espacial y económica de las regiones de origen y destino», *Norba*, II, 129-142.
- LOSADA, TERESA, 1989: «Segunda generación de inmigración marroquí», en M. A. ROQUE (ed.), *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 243-248.
- LUQUE BAENA, ENRIQUE, 1989: «En torno a Las Hurdes», en *Antropología cultural en Extremadura*, Mérida: Asamblea de Extremadura, 793-802.
- MALUQUER I SOSTRES, JOAQUÍN, 1963: *L'assimilation des immigrés en Catalogne*, Ginebra: Librairie Droz.
- 1966: «Aspectos de la asimilación cultural de los inmigrados», *Estudios Geográficos*, XXVII, 105, 607-624.
- MANGALAM, J. J., 1968: *Human Migration: a guide to migration literature in English 1955-1962*, Lexington: University of Kentucky Press.
- MANRIQUE DE LARA, GERVASIO, 1968: «La emigración del campo a las ciudades», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, XXIV, 147-176.
- MARSAL, JUAN F., 1974: «Historias de vida y Ciencias Sociales», en J. BALAN (ed.), *Las historias de vida en Ciencias Sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 43-63.
- MARTÍN DÍAZ, EMMA, 1990: «Las asociaciones andaluzas en Catalunya y su función de reproducción de la identidad cultural», en J. CUCÓ y J. J. PUJADAS (coords.), *Identidades colectivas. Etnicidad y sociabilidad en la Península Ibérica*, Valencia: Generalitat Valenciana, 255-268.

- 1991: «La inmigración andaluza en Cataluña: causas, sistemas de organización y trasplante de la cultura andaluza», en JOAN PRAT y otros (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid: Taurus Universitaria, 299-307.
- MARTÍNEZ VEIGA, UBALDO, 1981: «Etnicidad y nacionalismo», *Documentación social*, 45, 11-27.
- 1991: «Organización y percepción del espacio. Estudio introductorio», en JOAN PRAT y otros (eds.), *Antropología de los pueblos de España*, Madrid: Taurus Universitaria, 195-255.
- MASCIE-TAYLOR, C. G. N., 1984: «The interaction between geographical and social mobility», en A. J. BOYCE (ed.), *Migration and mobility. Biosocial aspects of human movement*, Londres, 161-178.
- MAYER, PHILIP, 1961: *Townsmen or Tribesmen: conservatism and the process of urbanization in a South African city*, Ciudad del Cabo: Oxford University Press.
- MEIJIDE PARDO, A., 1960: *Emigración, sociedad y economía en la Galicia del siglo XVIII*, Estudios de Historia social de España, 4, Madrid: CSIC.
- MERCADÉ, FRANCESC, 1986: «Metodología cualitativa e historias de vida», *Revista Internacional de Sociología*, 44, 3, 295-319.
- MIGUEL, AMANDO DE, 1965: «Movilidad social y geográfica en España», en *Problemas de los movimientos sociales en España*, Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 107-130.
- MITCHELL, J.C., 1956: *The Kalela dance*, Manchester: Manchester University Press.
- MOLINA, ESPERANZA, 1984: *Los otros madrileños. (El Pozo del Tío Raimundo)*, Madrid: El Avapiés.
- MORENO NAVARRO, ISIDORO, 1978: «Actitudes y valores ante la emigración en una comarca de la sierra sevillana», en *Homenaje a Julio Caro Baroja*, Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 787-802.
- 1978a: «Clases sociales, problemas del campo y actitudes hacia la emigración en una comarca de la sierra norte sevillana», en *Perspectivas de la Antropología española*, Barcelona: Akal, 257-281.
- MUÑOZ ANATOL, JAIME, 1972: *La familia española migrante en Francia*, Madrid: C.S.I.C.
- NARANJO OROVIO, CONSUELO, 1989: *La emigración a las Indias*, Cuadernos Historia 16, 192, Madrid: Grupo 16.
- NIETO, JOSÉ ANTONIO, 1984: *La emigración: otra forma de trashumancia*, Madrid: U.N.E.D.
- NUMELIN, RAGNAR, 1937: *The wandering spirit: a study in human migration*, Londres: MacMillan.
- OLIVIER, GEORGES, 1975: *The biology of human population*, Fisher Verlag ed.
- OLMO, MARGARITA DEL, 1985: «Proceso de identificación de una minoría en Madrid: los sudamericanos», en *Actas del III Congreso Iberoamericano de Antropología*, Las Palmas de Gran Canaria.
- y QUIJADA, MÓNICA, 1992: «Las migraciones, procesos de desorganización y reorganización cultural», *Antropología*, 2, 145-159.
- PARK, ROBERT E., 1950: «Human Migration and the marginal man», en R. E. PARK (ed.) *Race and Culture*, Glencoe: The Free Press.
- PARSONS, P. A., 1963: «Migration as a factor in natural selection», *Genética*, 33, 184-206.
- PASCUAL, ANGELS, 1970: *El retorno de los emigrantes ¿Conflicto o integración?*, Barcelona: Nova Terra.

- PEREDA OLARTE, CARLOS, 1991: «Extranjeros en Madrid: problemática económico-social», en *Malestar cultural y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 261-274.
- PÉREZ DÍAZ, VÍCTOR, 1966: *Estructura social del campo y éxodo rural. Estudio de un pueblo de Castilla*, Madrid: Tecnos.
- 1969: *Emigración y sociedad en la Tierra de Campos*, Madrid: Instituto de Desarrollo Económico.
- 1974: *Pueblos y clases sociales en el campo español*, Madrid: Siglo XXI.
- 1978: «El proceso de cambio en las comunidades rurales castellanas», en W. A. DOUGLASS y J. B. ACEVES (ed.), *Los aspectos cambiantes de la España rural*, Barcelona: Barral, 217-247.
- PÉREZ HERRERO, P. (ed), 1988: *Inmigración, integración e imagen de los latinoamericanos en España (1931-1987)*, Madrid: O.E.I.
- PERPIÑÁ Y GRAU, ROMÁN, 1965: «Estructura y dinámica de los movimientos de población en España. 1900-1960», en *Problemas de los movimientos de población en España*, Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 3-45.
- PETERSEN, WILLIAM, 1958: «A general typology of migration», *American Sociological Review*, 23, 256-266.
- PETONNET, C., 1979: *On est tous dans le brouillard. Ethnologie des banlieues*, París: Editions Galilée.
- 1982: *Espaces habités. Ethnologie des banlieues*, París: Editions Galilée.
- PHILPOTT, STUART B., 1968: «Remittance obligations, social networks and choice among Montserratian migrants in Britain», *Man*, 3 (3), 465-476.
- 1970: «The implications of migration for sending societies: some theoretical considerations», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 9-20.
- PRADA, MIGUEL ANGEL DE, 1989: «España, de país de emigración a país de inmigración», en M. A. ROQUE (ed.), *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 209-241.
- PROVANSAL, DANIELLE, 1989: «Africanos en Cataluña», en M. A. ROQUE (ed.) *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 329-334.
- 1991: «Nazionalismo e relazioni interetniche: l'esempio delle comunità africane in Catalogna», en P. CHIOZZI (ed.), *Antropologia urbana e relazioni interetniche*, Firenze: Angelo Pontecorvoli.
- PRYOR, R. J., 1975: «Migration and the process of modernization», en L. A. KOSINSKI y R. M. PROTHERO (ed.), *People on the move. Studies on internal migration*, Londres: Methuen & Co.Ltd. 23-38.
- PUJADAS, JOAN JOSEP, 1984: «Guía general per l'estudi de l'etnicitat i dels processos migratoris», *Arxiu d'Etnografia de Catalunya*, 3, 139-172.
- 1991: «Presente y futuro de la Antropología urbana en España», en *Malestar social y conflicto en la sociedad madrileña. II Jornadas de Antropología de Madrid*, Madrid: Comunidad de Madrid, 45-80.
- 1993: *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*, Madrid: EUEMA.
- y BARDAJÍ, F., 1987: *Los barrios de Tarragona*, Tarragona: Ayuntamiento de Tarragona.
- PUYOL ANTOLÍN, RAFAEL, 1979: *Emigración y desigualdades regionales en España*, Madrid: Emesa.

- 1988: *La población española*, Madrid: Síntesis.
- RAVENSTEIN, E. G., 1885-89: «The laws of migration», *Journal of the Royal Statistical Society*, 48, 167-227 y 52, 241-301.
- RHOADES, ROBERT E., 1978: «Intra-european return migration and rural development: lesson from the Spanish case», *Human Organization*, 37(2), 136-147.
- 1979: «From caves to Main Street: return emigration and the transformation of a Spanish village», *Papers in Anthropology*, 20, 57-74.
- RODA Y JIMÉNEZ, RAFAEL DE, 1926: *La emigración de los campos a las ciudades*, Madrid: Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País.
- RODRÍGUEZ CAMPOS, XAQUÍN, 1984: «Análise antropológica da emigración», en *I Coloquio de Antropoloxía de Galicia*, La Coruña, 37-46.
- RUBIO Y MUÑOZ-BOCANEGRA, ÁNGEL, 1930-32: «La emigración extremeña a Indias. Siglo XVI: Aportación documental para un fichero de emigrantes extremeños del mismo siglo», *Revista del Centro de Estudios Extremeños*, IV-1, 1, 35-94, IV-1, 2, 243-259, IV-1, 3, 309-325 (1930), V-1, 1, 67-83, V-1, 3, 273-289, (1931), VI-1, 1, 57-73, VI-1, 2, 225-243, (1932).
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS, 1988: *Espanoles hacia América. La emigración en masa, 1880-1930*, Madrid: Alianza Ed.
- SANDÍN DOMÍNGUEZ, MÁXIMO, 1981: *Consecuencias biológicas de la emigración: análisis en población escolar extremeña*, Cáceres: Diputación Provincial.
- SCHNAPPER, DOMINIQUE, 1976: «Tradition culturelle et appartenance sociale: émigrés italiens et migrants français dans la région parisienne», *Revue Française de Sociologie*, XVII, 485-498.
- 1988: «Modernidad y aculturaciones a propósito de los trabajadores emigrantes», en T. TODOROV (ed.), *Cruce de culturas y mestizaje cultural*, Barcelona: Júcar, 173-205.
- SERRANO MANGAS, FERNANDO, 1993: *Vascos y extremeños en el Nuevo Mundo durante el siglo XVII: un conflicto por el poder*, Mérida: Asamblea de Extremadura.
- SIGUÁN SOLER, MIGUEL, 1959: *Del campo al suburbio. Un estudio sobre la inmigración interior en España*, Madrid: C.S.I.C.
- 1965: «Psicología de la emigración», en *Problemas de los movimientos de población en España*, Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 147-155.
- 1966: «Las raíces de la emigración campesina», *Estudios Geográficos*, XXVII, 105, 533-539.
- SIMMEL, G., 1926: «Sociología: estudio sobre las formas de socialización», *Revista de Occidente*.
- SOLÉ, CARLOTA, 1989: «Criteris d'integració socio-cultural. Els immigrants interiors i estrangers a Catalunya», en M. A. ROQUE (ed.), *Movimientos humanos en el Mediterráneo Occidental*, Barcelona: Institut Català d'Estudis Mediterranis, 317-328.
- STOUFFER, S., 1940: «Intervening opportunities: a theory relating mobility and distance», *American Sociological Review*, 5, 845-867.
- SUSANNE, C., 1984: «Biological differences between migrants and non-migrants», en A. J. BOYCE (ed.), *Migration and mobility. Biosocial aspects of human movement*, Londres, 179-193.
- TAMAMES, RAMÓN, 1962: «Los movimientos migratorios de la población española durante el período 1951-1960», *Revista de Economía Política*, 32.
- 1985: *Estructura económica de España*, Madrid: Alianza Editorial (16.^a ed.).
- THOMAS, W. I. y ZNANIECKI, FLORIAN, 1918: *The polish peasant in Europe and America: monograph of an immigrant group*, Chicago: University of Chicago Press.

- THOMPSON, ERIC J., 1976: «Patterns of migration», en G. A. HARRISON y J. B. GIBSON (ed.), *Man in urban environments*, Oxford: Oxford University Press, 25-48.
- TILLY, CHARLES, 1965: *Migration to an American city. Agricultural Experiment Station and Division of Urban Affairs*, University of Delaware.
- VALADÉS SIERRA, JUAN MANUEL, 1992: *Extremadura, tres. (Integración y afirmación étnica en la comunidad extremeña de Leganés)*, Mérida: Asamblea de Extremadura y Consejería de Emigración y Acción Social.
- 1993: «El ritual como afirmación de la identidad. Un caso práctico en la sociedad industrial», *Mediterrâneo*, 3, 221-231.
- VAN VELSEN, J., 1961: «Labor migration as a positive factor in the continuity of Tonga Tribal Society», en A. SOUTHALL (ed.), *Social Change in modern Africa*, Londres: Oxford University Press.
- VÁZQUEZ, JESÚS MARÍA, 1965: «Sociología religiosa de las migraciones», en *Problemas de los movimientos de población en España*, Madrid: Centro de Estudios Sociales del Valle de los Caídos, 157-180.
- y LÓPEZ RIVAS, PABLO, 1966: *Palomeras, una parroquia suburbana. Estudio sociológico*, Madrid: C.S.I.C.
- VINCIENNE, M., 1965: «Un aspect de l'exode rural: l'image de la ville chez les immigrés», *Études Rurales*, 18, 79-100.
- VIRTON, PAUL, 1964: *Les dynamismes sociaux*, Paris: Ed. Ouvrieres (Existe traducción al castellano de 1969).
- WILSON, GODFRIED, 1941: *An essay on the Economics of detribalization in Northern Rhodesia*, I, Rhodes-Livingstone Papers, 5, Manchester: Manchester University Press.
- 1942: *An essay on the Economics of detribalization in Northern Rhodesia*, II, Rhodes-Livingstone Papers, 6, Manchester: Manchester University Press.
- WILSON, MONICA, 1951: *Good company: a study of Nyakyusa Age-villages*, Londres.
- WOLF, ERIC R., 1980: «Relaciones de parentesco, de amistad y de patronazgo en las sociedades complejas», en M. BANTON (comp.), *Antropología social de las sociedades complejas*, Madrid, 19-39.
- ZENNER, WALTER P., 1970: «International networks in a migrant ethnic group», en *Migration and Anthropology*, Seattle: University of Washington Press, 36-48.
- ZORBAUGH, HARVEY M., 1929: *The Gold Coast and the Slum*, Chicago: University of Chicago Press.

Este artículo intenta dar una visión general de las principales aportaciones realizadas al estudio antropológico de las migraciones. Se advierte la necesidad de apoyarse en la estadística y de acudir a trabajos realizados en el ámbito de ciencias como la sociología, la geografía humana o la economía, que establecen el amplio marco necesario para la comprensión del fenómeno migratorio. También se hace especial referencia a la bibliografía sobre el tema en España, que ha pasado en los últimos quince años de ser un país de emigración externa e interna a experimentar la afluencia de un creciente número de inmigrantes.

This paper is intended to present a general overview of the main contributions to the anthropological study of migrations. The need is stressed to rely on statistics and to turn to some research made in the domains of sociology, human geography or economics in order to attain the necessarily wide frame of reference to understand the migratory phenomenon. A special reference is also made to the current research and publications in Spain, where the situation has completely changed in the last fifteen years, from being a country of internal and external migration to experiment a growing number of immigrant arrivals.